

“Don Chano”. Autobiografía de un emigrante mexicano

JORGE AGUSTÍN BUSTAMANTE

INTRODUCCION

Envueltos en el interés de estudiar los problemas derivados de la inmigración mexicana a los Estados Unidos, se pensó en hacer un estudio exploratorio lo suficientemente fértil como para que pudiera conducir a establecer hipótesis tendientes a explicar los aspectos característicos de este fenómeno. La suposición asaz obvia de la ocurrencia de un choque cultural como resultado de la inmigración, nos llevó a enfocar nuestra atención sobre los procesos de asimilación y aculturación¹ que hubieran tenido lugar entre los mexicanos inmigrantes. La literatura sobre este tema ha sido considerablemente abundante² en comparación con otros problemas que atañen a este grupo étnico; sin embargo, ésta parece escasearse hasta lo absoluto cuando se trata de un tipo de inmigración mexicana que a través de los años ha envuelto un número aproximado de 7 a 8 millones entre 1924 y 1969.³ Nos referimos a la inmigración ilegal de mexicanos que a finales de los años veintes se empezó a identificar con la ilustrativa denominación de “espaldas mojadas” (*wetbacks*).

La primera pregunta que se ocurre al observar la ausencia de estudios sobre la asimilación y aculturación de los inmigrantes ilegales, es si ésta ha seguido procesos diferentes a la inmigración legal. Para contestar esta pregunta es necesario tomar en cuenta que antes de la aparición de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos (Border Patrol) en 1924, no había ninguna autoridad que tuviera a su cargo la vigilancia de la frontera, ni la persecución de los violadores de las leyes de inmigración (Jones, 1965:14). La vigilancia se restringía a los pueblos en donde se localizaban los “puertos de entrada” por donde pasaban aquellos que cumplían con los requisitos señalados por las leyes norteamericanas,⁴ y el resto de la larga frontera era una puerta irrestricta

de entrada y salida de viajeros entre ambos países. Con esto queremos decir que hubo un tiempo (inmigración de principios de siglo) en que no era posible hacer la distinción entre la inmigración legal e ilegal en términos de un proceso de asimilación y/o aculturación.

En tanto que los efectos de violar la ley de inmigración eran casi inexistentes (antes de 1924), la ilegalidad en la inmigración no era una variable que pudiera hacer necesaria la distinción entre un tipo de inmigración y otro, para el análisis de su asimilación y aculturación. Esto mismo nos lleva a considerar el mismo argumento en sentido inverso, es decir, que la aparición de la Policía Fronteriza y la cadena de consecuencias que esto tuvo para el inmigrante ilegal, ejerció alguna influencia en sus posibilidades de integrarse al sistema social de su nueva residencia que pudiera hacer necesaria la separación de los dos tipos de inmigración. Este segundo punto implica una hipótesis que no pretendemos probar en este estudio, pero que se tendrá presente para la orientación de la exploración propuesta.

La asunción de una colisión cultural con motivo de la inmigración, nos conduce a la necesidad de delimitar los aspectos distintivos de la subcultura del inmigrante ilegal (probablemente entrelapada con la subcultura del inmigrante legal) que nos permita identificar cuáles son aquellos aspectos que han prevalecido de la cultura de origen y cuáles se han incorporado de la cultura a la que se inmigra. Para este objetivo, nos pareció de sentido común que si estábamos interesados en la problemática de la inmigración ilegal, deberíamos empezar por explorar el rol del inmigrante ilegal. Se consideró conveniente, entonces, intentar hacerlo siguiendo el modelo llamado *life history* o "estudio de caso",⁵ que nosotros llamaremos autobiografía.

Aparentemente, las críticas que se le han hecho al *life history* y la preocupación del sociólogo por la rigurosidad metodológica en aspectos tales como muestreo, representatividad y posibilidad de generalización de las conclusiones, han limitado la presencia de este tipo de estudio en el diseño de investigación. Ampliaremos al final de este trabajo nuestros comentarios sobre la autobiografía y su potencialidad como sistema de recogida de datos; sólo agregaremos que, en el nivel desde el que hemos decidido iniciar nuestra investigación, el valor práctico de la autobiografía está en su potencial como estudio exploratorio, o en otras palabras, en la ayuda que puede dar para el establecimiento de hipótesis, mismas que, en una etapa posterior, podrán ser sometidas a todo el rigor metodológico que sea necesario para su comprobación. Sólo agregaremos que, de la literatura a nuestro alcance, tenemos la impresión de que la autobiografía no se ha explorado en toda su riqueza, especialmente en el campo de la sociología, en donde creemos que podría desarrollar toda su potencialidad

encabezando el diseño de investigación en estudios transculturales.

De este tipo de estudio se esperó nos abriría una puerta hacia el problema de nuestro interés, dándonos una perspectiva sincrónica de los elementos que lo han caracterizado. Esta consideración nos llevó a establecer un tipo ideal de candidato en una persona que hubiera inmigrado ilegalmente a los Estados Unidos y que hubiera permanecido en este país por más de 20 años.

Se hará referencia al proceso de selección antes de la autobiografía, y después de ella se dedicará una sección a la metodología aplicada, así como a algunos problemas encontrados a lo largo del “trabajo de campo” que dio lugar a este trabajo.

Concluiremos con algunas consideraciones sobre las hipótesis que nos sugirió la autobiografía de “Don Chano”, mismas que serán tema de una posterior investigación sobre el fenómeno de la inmigración ilegal de mexicanos a los Estados Unidos.

SELECCION DEL CASO

South Bend, Indiana, no es el sitio ideal para encontrar las personas de las características que buscábamos; sin embargo, con la ayuda de trabajadores sociales de la localidad,⁶ fue posible establecer el número de candidatos disponibles y luego su localización.

Doce personas (7 hombres y 5 mujeres) fueron seleccionadas de acuerdo con los datos proporcionados por los trabajadores sociales. Sus edades fluctuaban entre los 67 y 82 años, todos habían inmigrado a los Estados Unidos hacía más de 20 años, y se presumía que todos habían entrado ilegalmente, lo cual no quería decir que no hubiera ya sido legalmente autorizada su residencia.

Los trabajadores sociales se encargaron de hacer los arreglos necesarios para entrevistar a los candidatos, y gracias a la confianza que todos los entrevistados mostraron tenerles, el *rapport* fue siempre fácil de conseguir.

El programa que habíamos trazado era el de entrevistar al mayor número de personas disponibles, de cada una de las cuales se trataría de obtener un relato a grandes rasgos de su vida; y con este procedimiento, al que haremos referencia en la parte final del trabajo, y con la ayuda de una grabadora, entrevisté a las personas seleccionadas, cuyo anonimato se ofreció guardar.⁷ Con cada uno de ellos conversé aproximadamente dos horas como promedio. Se hizo una revisión de las grabaciones, en la que se puso atención en la consistencia, orden cronológico y memoria del entrevistado, así como en la riqueza e interés de la información. Se escogió al señor Donaciano Alvarez,⁸ para el caso que se ofrece en este trabajo, por razones que serán más fáci-

les de entender después de terminar con el relato que él hizo de su vida.

Donaciano Alvarez es un hombre de baja estatura, delgado y de una apariencia física que le hace parecer cuando menos 10 años más joven. De carácter amable y de apariencia tímida. Aunque su conversación es fluida una vez que se siente en confianza, me dio la impresión de estar hablando con un campesino tzintzuntzeño, como es descrito por Foster,⁹ por haber percibido sus reservas para confiar en una persona que le pedía el relato de su vida, a sabiendas de que esto quedaría almacenado en una grabadora que iría a estar fuera de su control. En varias ocasiones me preguntó que quiénes oirían la grabación y qué iba a hacer con ella después de que mis profesores la oyeran, y quién se quedaría con la grabación después de terminado el estudio; y la más significativa: si las personas que oirían la grabación serían todas "gente buena". Don Chano, como le dicen sus amigos (según él tiene muy pocos),¹⁰ tiene una extraordinaria habilidad para recordar detalles y da la impresión de estar atento a percibir alguna señal que le dé la clave para decidir en confiar o no en un extraño.¹¹

En 15 horas de recuerdos que quedaron plasmados en cinta magnetofónica, don Chano puso de relieve una memoria sorprendente que me hizo reflexionar en un comentario del Dr. Arthur Rubel respecto a la posibilidad de correlación entre el ser analfabeta y tener tan sorprendente memoria.¹²

Nuestras sesiones de entrevista duraban entre dos horas y media y una hora, y se llevaron a cabo en la casa de su hija, en donde viven temporalmente él y su esposa. La primera entrevista fue el 5 de abril de 1969 y la última el 18 del mismo mes y año, en un total de 12 sesiones.

LA AUTOBIOGRAFIA DE DON CHANO

He aquí el relato de don Chano tal como él recordó el largo camino de una vida de 76 años.

Pues sabe que yo vengo de una familia muy pobre. . . pero muy pobre. . . Mi padre era huérfano, no conoció a su papá, y a los siete años de vida le faltó la mamá, y entonces él quedó con un tío. Este era un viejito que dicen que tenía su dinerito, pero lo tenía escondido, usted sabe cómo se usaba antes con la gente antigua, que cuando tenía dinero lo enterraban para guardarlo. Pues sí, el tío tenía sus centavitos, pero era de esa gente que mejor prefiere sufrir antes que sacar de lo que tenían. Bueno, pues total que con ese tío "se crió" mi padre; el tío tenía un par de burritos y ya cuando mi padre tenía unos 13 o 14 años, el viejito le dijo a mi padre que agarrara los burri-

tos para que trabajara con ellos de arriero y se pudieran mantener los dos. Antes de esa edad mi padre trabajaba de sembrador, o sea de mozo en la labor, como todos los muchachos, pues allá se usa que se empiece a trabajar a los 7 años de sembrador. Este trabajo es muy sencillo y consiste en que el muchacho¹³ va cargando los morrales con semilla, uno con maíz y el otro con frijol y va caminando detrás de la yunta colocando dos semillas de frijol y una de maíz en un paso y en el siguiente una sola de maíz, porque el frijol necesita más espacio.

Cuando dejó de ser sembrador, a los 12 o 13 años, empezó a trabajar vendiendo leñita, vendiendo carbón y así se mantenían el viejito y él. Luego que ya tuvo uso de razón, como a los 25 años,¹⁴ pues pensó en casarse y se casó con mi madre, pero él seguía trabajando de arriero con los burritos, y el viejito seguía con él, aún después de que se casó mi padre. Yo me acuerdo del viejito, estaba cieguito de un ojo y tenía una “enfermedadita” que pues yo creo que sería ya de vejez, pero resulta que se murió al poco tiempo de que mi padre se había casado y le dejó los burritos. Todavía siguió trabajando con los burritos por un tiempo hasta que se decidió a comprar una yunta y ponerse a sembrar en una hacienda.

Sabe que nosotros somos de León, Guanajuato. Yo nací en un rancho muy cerca de León, a donde mi padre iba todos los días a vender su leñita o su carboncito.

Mi madre era mayor que mi padre: ella se casó de 36 años y era una mujer muy católica y ella sí sabía leer y escribir porque se había criado con unas señoritas a las que les trabajaba y fueron ellas las que le enseñaron a leer y a escribir y todas las cosas de religión que ella sabía. Mi madre era una mujer muy corajuda, pero era buena, pues nos daba consejos buenos y nos contaba todas las cosas de la religión católica.

Nosotros fuimos 4 hermanos, pero se murió luego luego una de ellas, así quedamos luego 3, mi hermano, otra hermana y yo que fui el primero. No crea usted que fuimos pocos porque así fuera la generación, pues ella era de una familia donde fueron 18 hermanos y mi padre también tenía muchos hermanos, lo que pasó es que yo creo que fuimos cuatro porque mi madre se casó ya muy maciza.

Como le iba diciendo, mi padre antes de casarse trabajaba “de por sí”;^{*} no fue sino hasta después de que yo nací y que se murió el viejito, que decidió meterse de mediero en una hacienda.^{**}

Mi padre era un hombre como de mi estatura y muy blanqueadito

*Por su cuenta.

**En la página 88 don Chano describe la situación del mediero frente al hacendado.

como yo; yo salí a mi padre en el color, en cambio mi hermano salió prietito. Mi padre era un hombre muy dócil, muy bueno y muy derecho, a él no le gustaba que nosotros anduviéramos “riñiendo” con nadie, él era un hombre muy tímido, si alguno de nosotros le agarraba un juguete a otro niño, él nos hacía que fuéramos a devolverlo, pues no le gustaba que agarráramos nada ajeno; sí, era un hombre muy derecho, pues, muy buena gente, así que a nosotros nos dio muy buena crianza, pues no nos consentía nada malo que hiciéramos y siempre nos hizo respetar lo que no era nuestro. Cuando hacíamos algo malo nos pegaba con un varejón,* pero mi mamá nos pegaba más porque ella era la que batallaba con nosotros por estar siempre en la casa, y nos pegaba todos los días, claro, porque todos los días hacíamos travesuras. Por ejemplo, yo tenía unos amigos que me daban malos consejos y todos los días me iba con ellos a cuidar ganado de la hacienda y jugábamos a montar en las borregas y corretear encajados en ellas como si fueran caballos. Yo tenía una borrega negra grandota que corría muy recio y yo nomás me agarraba bien de la lana y la dejaba que corriera y eso me encantaba “retiarlo”, pues me acuerdo que veía pasar el monte y el cielo y las yerbas muy aprisa y eso me encantaba. Fíjese que dejábamos que el ganado se fuera como a unas cien varas** y luego nos montábamos en las borregas y alcanzábamos el ganado a toda carrera. Mi madre se enojaba pues era ganado del patrón y nos mandaba a cuidar, no a jugar, pero era como un vicio, pues ella me pegaba todos los días por montarme en las borregas y yo lo volvía a hacer. Y hast’eso, a mis amigos era a los que mandaban a cuidar el ganado, yo nada más los acompañaba. Ahora comprendo que mi madre tenía razón, eran malos amigos, me hacían hacer cosas que no eran buenas, como por ejemplo, hacerles travesuras a las muchachas. . . usted sabe, cosas indebidas. . . como. . . pues agarrarlas para cohabitar*** con ellas. Y fíjese, tan chiquillos como éramos. . . bueno, ellos eran más grandecitos que yo, pero andaban en los 12 o 13 años y yo, pues más chico que ellos, como de 10. ¡Ah, qué muchachos fregaos! , pero así andaba yo que no me les despegaba y por eso me “varejaba” mi madre todos los días y con razón. Mi madre no quería que me juntara con ellos, pero yo con el interés de andar dizque a caballo en las borregas, me iba con ellos; con el pretexto de que me mandaban por la leña al monte, y qué leña ni qué

*Vara de encino.

**Una vara equivale a casi un metro (según don Chano).

***Esto lo dijo casi en secreto, aunque nadie nos podía oír y se resistió mucho a decir la palabra cohabitar, que tuvo que decir ante mi insistencia de preguntar cuáles eran las cosas que hacían que él calificaba de “travesuras” o “cosas malas”.

nada, pura diversión. Fíjese que a veces me llegaba a amarrar las manos mi padre para que no me fuera, pero yo me soltaba.

La casa donde vivíamos era muy pobre, tenía dos cuartos y era de madera del monte y techo de zacate y de “aterrado”, o sea de lodo con hoja de encino, cosa que no dejaba pasar el agua. Medía como unas 6 varas de ancho por 8 de largo. Todos dormíamos en el suelo y nos acostábamos en un costal con una piedra de cabecera, pero eso sí, teníamos cobijas muy buenas de pura lana, siempre tuvimos cobijas, aunque no tuviéramos nada más; yo nunca me acuerdo haber pasado fríos cuando era niño o muchacho. Mi madre cocinaba en otro cuartito y ahí preparaba el nixtamal y echaba las tortillas. Comíamos frijoles con chile, a veces leche y pocas veces carne y huevos, pero nos criamos bien, pues en esa época no pasamos hambres, aunque éramos muy pobres; comida no faltaba pues había haciendas muy ricas por toda la región.

En ese tiempo yo andaba descalzo como todos los muchachos, así anduve hasta que mi papá me puso de sembrador; él me hizo unos huaraches muy buenos, pero a mí no me gustaba ponérmelos, no los necesitaba porque tenía la “tecata”^{*} dura.

En León nos quedábamos en una casita que era de mi abuela materna y que le alquilaba mi padre; ahí sí había catres pues era casa de pueblo, no de rancho. Ahí íbamos a parar cuando íbamos a vender carbón o leña con mi padre; en aquel tiempo no era como ahora que hay gas y electricidad, no señor, entonces tanto los ricos como los pobres cocinaban con leña o carbón, y se vendía mucho, pues todo el mundo necesitaba.

León en esa época era un pueblo muy bonito, la gente caminaba en unos trenes jalados por mulitas que andaban pa’riba y pa’bajo. Las iglesias eran muy bonitas y lujosas, daba gusto entrar; era porque había muchos ricos en León. Las calles eran angostas y empedradas pero muy parejitas y muy transitadas por arrieros que traían hasta veinticinco burros y mulas con las que transportaban carga de otros lugares, y había muchos caballos, pues era fácil tener caballos hasta para los pobres, por eso es que después la revolución se surtió de muy buenos caballos. Era bonito León, después de llover hasta olía bonito y brillaban las piedras mojadas y las tejas de los techos de las casas se ponían más rojas. . . a mí siempre me gustaba ir a León.

Yo nunca fui a la escuela porque en aquel entonces las escuelas eran sólo para los hijos del patrón, del mayordomo o del administrador, nosotros no podíamos ir porque no se usaba que uno de pobre fuera a la escuela. Todas las haciendas tenían escuela pues eran ha-

^{*}Se refiere a la dureza de la piel de la planta del pie.

ciendas muy ricas, pero como le digo, no eran escuelas para los pobres, pues así como eran de ricos eran de sinvergüenzas. Y luego, pues los padres no se preocupaban por que los hijos fueran a la escuela porque los necesitaban para el trabajo, no. . . que escuela ni que nada. Mi padre tampoco sabía leer ni escribir ni una letra, bueno, nada nada; la que sabía leer era mi madre, ella sí sabía leer muy bien y escribir, y nos leía cosas bonitas de la religión; hasta la fecha todos los rezos que me sé son de ella, y cuando teníamos 12 años, ella nos hizo hacer la primera comunión en la hacienda de Santiago.

Mis padres se llevaban muy bien, no se peleaban porque ya le digo, mi padre era muy derecho y mi madre, pues, sabía leer, se sabía todos los reglamentos del matrimonio y le obedecía muy bien a mi padre.

Así se pasaron los años, hasta que mi padre decidió hacerse mediero, después de la muerte del tío.

Resulta de que mi padre anduvo consiguiendo quién le diera tierra para sembrar, hasta que encontró una hacienda donde se arregló, la hacienda de Cañada Grande, de don Luis Agunaga. El arreglo era que el patrón le daba la yunta, pero usted pagaba la renta de un buey y el patrón daba el otro para completar la yunta para sembrar. Ya para cuando se venía la temporada de cosecha, había que trabajar en las tierras del patrón, y éste le prestaba tres fanegas de maíz para el sostenimiento del trabajador, que había que pagarle cuando se hacían las cuentas a la hora de la cosecha. El patrón que era bueno hacía esto, pero el de la hacienda donde llegó mi padre era muy sinvergüenza como casi todos. Ese patrón le "apreciaba" el maíz, le ponía precio al maíz. Los otros le aceptaban maíz por maíz; si le prestaban una fanega, usted devolvía una fanega, pero aquél no, aquél decía que su maíz tenía el precio de cuando estaba más caro, y luego decía: "ai te lo apunto en la cuenta", y ahí estaba lo malo pues, porque siempre hacía trampas en la apuntada de los préstamos y por eso todo mundo en la hacienda estaba endrogado con el patrón. Así le hacía con todos y tenía muchos cultivos: chile, maíz, frijol, cebolla y otras cosas, todos con medieros, así que al patrón no le costaba nada, él sólo ponía la tierra y la yunta. Yo creo que eso era peor que una esclavitud.

Nadie reclamaba, porque cómo cree usted que en ese tiempo le pudiera reclamar a un patrón; el que iba a dar a la cárcel era el que reclamaba, porque ¿no ve que ése era el tiempo de Porfirio Díaz?, cuando los ricos nos tenían el pie en el pescuezo y el gobierno estaba a favor de todos los ricos; al que reclamaba lo ponían en las listas negras y lo mandaban de soldado por cinco años, así que todos estaban muy tímidos.

Aquel patrón que le digo nos prestaba la fanega de maíz a 2.50 pesos y luego había que pagársela cuando el maíz estaba más caro, o sea que no podía uno devolverle la fanega de maíz, sino el dinero que costaba ésta cuando el precio era más alto. Así que cuando llegaba el tiempo de cosechar, el patrón le recogía toda la cosecha a uno y no le dejaba ni para comer al día siguiente y entonces decía: “No, pues tú debes aquí mucho y no alcanzas a pagar con lo que cosechaste, así que. . . como dicen los versos de Pérez Meza:* “ai tienes la yunta para que sigas abonando”.

En esta situación estuvimos por 5 años, que fue lo que le aguantamos, pues ya no teníamos ni los burritos, porque el patrón cobraba por el pasto que se comían los burritos, así al cabo de 3 años ya debíamos como quinientos pesos, que ya no nos alcanzaba a pagarle ni con los burros. Ya estábamos bien endrogados y más pobres que nunca. Para ese entonces yo ya tenía como 15 años, y entre mi hermano y yo empezamos a aconsejarle a mi padre que nos huyéramos de la hacienda. Mi padre no quería porque era un hombre muy tímido y muy derecho, pero ya la cosa no se aguantaba y entonces empezamos a buscar a donde irnos, hasta que por fin encontramos una hacienda, la de Santiago, de los señores Wenceslao, en donde aceptaron recibirnos; y mi padre se puso a buscar un camino por donde escaparnos, porque en ese entonces, a todo el que se iba, el patrón le hechaba al gobierno y todos los hacendados se “hacían una” para no aceptar a los que debían en otra hacienda, hasta que se sabía donde andaba el “jujido” y lo reportaban al gobierno que lo devolvieran a la hacienda o lo metían a la cárcel, o lo mandaban de soldado. Por eso era que no era fácil hacerse el ánimo de escaparse y eso mi padre lo sabía mejor que nosotros. Fíjese que en ese tiempo, un día le dijo el patrón a mi padre que yo ya estaba bueno para servirle en la hacienda y mi padre dijo: “está güeno”, y me fui a trabajar de mozo a la casa del patrón, y me pagaba 18 centavos a la semana, pero no crea que en dinero, me daba 9 centavos y por los otros 9 me daba un vale que sólo podía gastar en la tienda de la hacienda que era del patrón.

¡Ah!, eso de la tienda del patrón era otro cuentito que nos hacía a todos los pobres, pues sólo podíamos comprar allí y nunca nos alcanzaba lo que ganábamos para comprar lo necesario, y entonces el patrón lo fiaba y así se iba aumentando la deuda. Yo conocí gente que estaba pagando las deudas de sus bisabuelos y cada vez la deuda era más grande.

Pues sí, una noche nos dijo mi padre que ya sabía por donde teníamos que salir y entonces empezamos a preparar el camino por las

*Se refiere a “El barsón”, canción popular.

noches, o sea, a cortar el monte y abrir brecha para poder pasar y evitar el camino que pasaba por la hacienda de La Laguna, propiedad de Mariano Franco, que era cuñado del patrón, y por donde no podíamos pasar sin ser descubiertos, pues él nos conocía y toda su gente también. Total que nos salimos una noche, con mi madre y las pocas cosas que teníamos. Caminamos toda la noche con nuestros burritos, caminábamos muy quedito, cada quien en un burro; mi padre iba por delante, mi madre iba hasta atrás con mi hermanita, con una, pues la otra ya se había muerto. Caminamos toda la noche con harto miedo, pasamos por la hacienda del Titi y nadie nos vio, y le seguimos hasta llegar a la hacienda de Santiago, como a las 11 de la mañana siguiente, bien cansados, pues habíamos caminado como 12 leguas.

El dueño de la hacienda de Santiago se llamaba don Wenceslao, ése sí que era una buena persona; y fíjese que no quería al mentado don Miguel de la hacienda de la Cañada, porque sabía el trato que éste le daba a la gente.

Como le había dicho antes, ya habíamos arreglado que nos recibieran, por eso es que cuando llegamos ya nos tenían una casita preparada. El mayordomo nos dejó en la casita donde iríamos a vivir y le dijo a mi padre: “descanse un día o dos y luego vamos a ver las tierras que va a trabajar y la yunta que va a usar”.

La obra de Dios quizo que nos encontráramos con un hombre bueno y muy parejo con todas las cuentas; éste sí, no le robaba a nadie nunca nada.

La casita que nos dieron era muy diferente de la que teníamos allá, pues ésta era de adobe y cimiento y techado de zacate colorado. Casas muy buenas, viera, pues ese zacate dura. . . bueno, hasta 25 años. No, que va. . . acá fue diferente, ya no vivíamos como animalitos como allá.

Se llegó el día en que nos dieron la tierra y la yunta, y mi padre empezó a preparar la tierra para sembrar y siguió también bajando la leña y carbón de la sierra, porque todas esas haciendas estaban al pie de la sierra, para llevar a León y vender igual que antes. Sólo en el tiempo de la pizca y cuando ya se acababa de cosechar lo propio, el patrón exigía que se le trabajara en sus tierras. Era muy parejo para medir, tenía una canasta muy grande de a fanega, con la cual se iba midiendo lo que le correspondía al patrón por la “media” y se llevaba la cuenta apuntando con mazorcas, una mazorca por cada fanega y al final, y después de medir todo el maíz, cada quien contaba sus mazorcas y ése era el maíz que el patrón le daba, respetaba hasta el último grano.

El patrón había mandado hacer una iglesia en la hacienda, a la que

iba a oficiar un sobrino de don Wenceslao que se llamaba don Luis Oñate, que era muy buen sacerdote. El padre que iba a la hacienda de la Cañada era bueno también, pues nos decía: “mira, hijo, si el patrón te trata mal, pues vete de la hacienda porque no es bueno que te dejes robar”.

No, si el malo era el patrón allá en la Cañada. Acá en la hacienda de Santiago la gente era. . . pues, igual que en todas partes, muy católicos como también lo éramos nosotros. En esa iglesia que le digo que construyó el patrón, hicimos la primera comunión mi hermano y yo, nos la dio el padre Oñate, y como le dije, ya la hicimos grandecitos.

Nosotros seguíamos yendo a León a hacer compras y yo empecé a trabajar de lechero para el patrón. Salíamos de la hacienda con la leche a la una de la mañana, la llevábamos en caballos y mulas, pues era bastante, como siete cargas. Llegábamos a León como a las cinco de la mañana, después de un recorrido de cinco leguas que había desde la hacienda, y nos poníamos a repartir los “entregos”. De regreso a la hacienda dejaba que se adelantaran y luego los alcanzaba a todo galope.

También yo me iba a quemar carbón, eso me gustaba mucho, pues era una sierra muy bonita, con árboles preciosos, encinos, pinos y de otros. Le ayudaba a mi padre desde a cortar la leña hasta quemar el carbón que él iba a vender a León, como le he dicho.

Nuestra vida en la hacienda de Santiago fue muy feliz, no nos faltaba nada; y si bien don Wenceslao no nos daba nada regalado, cuando menos no nos quitaba nada.

En esa época fui por primera vez al cine con unos primos. Pasaban la película de un texano que tenía un caballo blanco. Era cine sin palabras, o sea mudo. Y qué le cuento, que cuando vi venir a los caballos corriendo en estampida en la película, que me salgo corriendo del cine. ¡Ah, cómo se reían mis primos de mí!, me decían que cómo se veía que acababa de bajar del cerro, porque ellos eran de León y yo. . . pos de rancho.

Para esa época también empecé a fumar; estaba muy chiquillo, pero resulta de que mi padre y mi madre eran muy fumadores, compraban el tabaco que les costaba a ocho centavos la libra, y yo me lo sacaba de a puño a escondidas y me lo llevaba al monte a fumar, envuelto en hoja de maíz. Pero nunca fumé delante de mi padre o de mi madre, ni tomé delante de ellos. En aquella época la juventud no era como la de'ora, era muy respetuosa de los mayores; tomaban sus copitas pero no se revolvían con la gente grande y había mucho respeto para toda la gente, en especial para los patrones y toda la gente que era mejor que uno.

Desde que llegamos a la hacienda de Santiago hasta que nos llegó

la revolución, la vida se pasó muy feliz. Teníamos todo lo que queríamos, tierra pa'trabajar, buena comida, buena casa y buen trato.

En 1913 empezaron nuestros males, primero mi hermano murió de tifoidea o algo así, sabe de que con esa enfermedad les venía una hemorragia de sangre por la boca, hasta que morían. Luego vino la revolución y acabó con todo; acabó con lo malo de los patrones sinvergüenzas, pero también acabó con lo bueno. Yo sentí mucho que se acabara la hacienda por la revolución, porque ahí vivíamos muy a gusto. Por eso no me hice revolucionario, porque mi patrón era bueno. Creo que si la revolución hubiera llegado cuando estábamos en la hacienda de la Cañada, sí me hubiera ido. El que sí se hubiera ido de todos modos hubiera sido mi hermano, ése era muy entrón, pero se murió unos meses antes de que llegaran las primeras tropas.

Don Wenceslao era un hombre muy rico y por eso nos cayeron un día las tropas que venían mandadas por el general Orozco; al patrón le cayeron al último porque nosotros los peones habíamos dado buenos informes de él. Nos llegaban a preguntar: "oigan muchachos, ¿cómo los trata el patrón?, ¿es parejo?, ¿no los tiene endrogados?". Y nosotros les decíamos que no, que él era bueno, por eso lo dejaron hasta que ya se había acabado lo de las otras haciendas. Llegaron como trescientos a caballo y se llevaron todo, caballos, mulas, maíz, frijol, monturas, bueno, todo, absolutamente todo. Y pues ahí se acabó la hacienda, aunque nosotros seguíamos viviendo ahí, a veces sembrando y la mayor parte de las veces trabajando en la leña y el carbón.

León es la "pasadera" de México, pues los que van al Norte pasan por ahí, y los que venían del Norte también, así es que la revolución nos dio muchas pasadas; llegaban unas tropas y se iban otras y todas nos quitaban algo. Los que mejor nos trataron fueron los villistas, pues ellos traían dinero y pagaban por lo que se llevaban. Los peores eran los carrancistas porque sabían que todos los pueblos de por allí querían a Villa, y se vengaban saqueando todo en cuanto llegaban. Los zapatistas tampoco eran malos.

Nosotros les teníamos miedo a todos pues en esa época mataban por cualquier cosa, decían que uno era espía de los contrarios y sin más ni más lo fusilaban aunque no fuera cierto. Una vez llegaron los carrancistas y se llevaron una vaca de un hombre que tenía ocho hijos, todos chiquillos, y era lo único que tenía para alimentarlos; entonces él quiso rogarle a uno de los jefes que no se la llevaran y ese jefe lo mandó colgar, nomás porque se estaba quejando.

Al principio, cuando llegaban a una hacienda por sorpresa, colgaban del mayordomo para arriba, a todos los que encontraban, casi sin preguntar. Aunque le diré que agarraron a pocos patrones, pues éstos

se fueron luego luego; de lo que no se salvaron fue de perder todo lo que tenían.

Luego vino la época de Huerta, el viejo que asesinó a Madero. Ese hombre era el peor de todos y su gente también. En ese tiempo la leva* estuvo muy dura, por eso nosotros nos la pasábamos escondidos en las minas, desde la una o dos de la tarde hasta la mañana siguiente; por eso nunca lograron encontrar a nadie, porque cuando llegaban sólo hallaban viejos, pues tanto nosotros como todas las mujeres jóvenes nos vivíamos escondidos durante la revolución. Los primeros que llegaron, o sea los orozquistas, se llevaron como a diez muchachas de la hacienda y nunca se supo de ellas.

Usted sabe que cerca de León hay muchas minas abandonadas, pues ahí nos íbamos a esconder, y nomás oíamos los cascotes de los caballos cuando nos andaban buscando, pero nunca nos hallaron a ninguno de los de la hacienda.

La revolución parecía que nunca se iba a acabar; se iban unas tropas y llegaban otras. El problema ya no era por acabar con los ricos, sino por ver quién se quedaba con el poder. La cosa se decidió en una batalla cerca de León, entre todas las tropas de Carranza y todas las tropas de Villa. Yo estaba en León precisamente, temiendo que perdiera Villa, pues él nos protegía. Por cierto que fue cuando me tocó verlo de lejos, como a dos cuadras, pero lo alcancé a ver un buen rato. Montaba un caballo negro, muy buen caballo que traía.

Pues sí, esa batalla la perdió Villa. La línea de fuego estaba desde Aguascalientes hasta Villa Victoria, y dicen que eran más de cien mil hombres los que estaban peleando. Dicen que perdió Villa porque uno de sus generales, un tal general Prieto, había vendido el combate, porque el sitio se rompió de su lado por donde él estaba. El sitio se rompió como a la una de la mañana y de tener ganada la batalla ahí la perdió Villa por completo. Y como él había dicho que si perdía esa batalla se retiraba, cumplió, pues después de allí ya no se hizo más lío. Yo después supe que lo habían asesinado y pensé que... pos así tenía que morir porque era un hombre con muchos enemigos; que eran sus enemigos más que nada porque le tenían miedo, porque sabían que Villa no se iba a estar quieto hasta que alguien lo matara; y sólo a la mala, porque a la buena no había quién se le pusiera enfrente. Dicen que él era un hombre muy bandido y que esto y que lo otro, pero la cosa es que a nosotros los pobres nunca nos perjudicó y siempre nos protegió.

Después de esa batalla todo fue calamidad para toda la gente, no había qué comer ni con quién trabajar, pues nadie tenía dinero ni

*Conscripción forzosa.

había siembras y todos los animales se habían acabado. Había mucha hambre por todos lados y la gente llegaba a comerse los perros y los gatos. Si alguien tenía un caballo o un burro tenía que esconderlo, porque si se lo descubrían lo mataban para comérselo.

Esto que le estoy platicando fue en el 1916, y así andaban las cosas cuando se llegó la noticia de un “enganche” a Yucatán. A través del gobierno y en forma particular se anunció que necesitaban gente allá para el trabajo del henequén que se les había acumulado. Ofrecían contrato por dos años y daban por adelantado dinero y uno cincuenta diarios durante el viaje. Por ese tiempo murió mi padre, hacía precisamente un mes que lo habíamos enterrado, cuando decidí irme con ese enganche. Mi madre no quiso irse conmigo y se fue con las mismas señoras con las que había estado antes de casarse, trabajando con ellas; todavía quedaban dos de ellas. Se fue con mi hermana que ya se había casado, pero la había dejado el marido por venirse a los Estados Unidos y ya no se supo de él.

Allí como quien dice se desbarató lo que quedaba de la familia, pues quién me iba a decir que yo no volvería a León sino hasta 1963, casi cincuenta años después.

Sabe de que mi madre no se quiso ir a Yucatán porque se decía que ese enganche era para conseguir soldados, y que no era cierto lo del henequén, y muchos por eso no fueron. Pero yo pensé, pos total, si me he de morir cuando menos que no sea de hambre, y me inscribí en el enganche.

Yucatán es una parte de México donde se produce el henequén, que es beneficiado y mandado acá a los Estados Unidos. Por allá no pegó fuerte la revolución y no sé por qué en esa época se les había quedado rezagado el trabajo y decían que acá en los Estados Unidos estaban pidiendo mucho henequén. Yucatán está bien lejos, hay que ir por barco pues es una isla.*

De León nos llevaron a México, pero no conocí casi nada porque no nos dejaban salir solos; aunque le voy a decir que nos trataban bien y sobre todo nos daban bien de comer, que era lo principal para nosotros que andábamos muertos de hambre.

De la ciudad de México nos llevaron por tren a Veracruz, allá nos estaban esperando como quince barcos para llevarnos a Progreso. En Veracruz nos tuvieron en unos corralones por 15 días, hasta que vieron que se les estaba desertando la gente por el rumor de que nos llevaban para ser soldados. Al fin nos subieron a un barco mexicano

*Después le aclaré a don Chano que no era isla sino península, pero no pareció quedar muy convencido.

no muy grande; al principio era mucha gente pero ya cuando nos embarcaron sólo quedábamos como 500.

Pues así tiene usted que salimos de Veracruz y nos perdimos en el camino pues nos cayó una tormentita y fuimos a dar a Nueva Orleans. A nosotros nos dijeron que Progreso estaba ya cerquita de Nueva Orleans, pero después supe que nos habíamos ido por el lado contrario de donde debíamos haber jalado.

Total, que llegamos a Progreso por la noche y de allí nos llevaron a los campos de henequén y... pos qué soldados ni qué nada, puro trabajar y bueno. Yo me había apuntado con otros quince muchachos de mi pueblo que nos fuimos a trabajar a la misma hacienda para donde teníamos contrato por dos años.

Todo nos salió como nos lo habían prometido y empezamos a trabajar luego luego, primero por sueldo y luego por contrato. Nos salió bien la cosa, especialmente a mí que iba solo y que no tenía mucho en qué gastar. Ahí nos repusimos del hambre que traíamos. Trabajamos a gusto porque esos indios mayas, los de esa región así se llaman, viera qué buenas gentes, siempre dispuestos a ayudar y a ser amables; y lo que son las cosas, tantos años que llevo aquí en los Estados Unidos y nunca he aprendido el inglés, y como dos años que llevaba allá, ya casi hablaba el maya. Por cierto que en Yucatán empecé a vestirme de pantalones y zapatos, pues hasta ese entonces yo siempre había andado de calzón blanco y camisa blanca de manta y huaraches, y con una banda morada con la que nos fajábamos la cintura; o sea como andábamos todos los campesinos de ese entonces. Me costó mucho trabajo imponerme a los zapatos, pero al fin me acostumbré.

Ganábamos los cinco, y a veces, ya cuando le sabíamos al trabajo, hasta los ocho pesos diarios. Al principio salía todo espinado y sólo sacaba dos pesos.

Los inditos nos querían mucho y nos les hacíamos cosa rara, pero pos éramos del mismo país. Yo no le arriesgaba a “amarrarme” con ninguna muchacha porque yo sabía que me iría pronto de allí, además de que había dejado una novia en el rancho, con la que pensaba casarme.

Total, que así estuve trabajando como año y medio y luego ya empezamos a hacer recuerdos de que se iban a cumplir los dos años. Los patrones nos empezaron a hacer la propaganda de que si nos quedábamos otro año, y que nos daban por adelantado el pago del pasaje de regreso. Yo fui de los que se arriesgaron a quedarse, pues, fíjese, ganaba entre 6 y 8 pesos diarios y gastaba 15 de pensión mensualmente y póngale otros 20 en otras cosas, pues me quedaba para ahorrar y a eso era a lo que había ido a trabajar, para juntar centavos. Total, que ya había juntado como 400 pesos. Luego resultó que se

puso muy barato el henequén y nos empezaron a pagar menos y pues decidí mejor regresarme.

Allá en Yucatán nos arreglamos con un contratista que se encargó de llevarnos a Veracruz. Esto era en el año de 1920. Mientras buscaba trabajo me fui gastando los ahorros, hasta que salió un enganche, allí en Veracruz, para un ingenio a donde había que ir a cortar caña. Este ingenio se llamaba Gallo Verde, era un lugar muy bonito y la caña se daba altísima, algo de no creerse. Empezamos a cortar caña y a comer caña también y ahí estuvo lo malo, porque esa caña que comíamos nos empezó a hacer daño, porque nosotros no estábamos impuestos a comerla. Y ahí tiene que nos empezó a dar muy fuerte el paludismo. Nos habíamos ido en ese enganche como veinticinco gentes y fíjese que cuando nos empezamos a enfermar la gente nos decía: “no muchachos. . . aquí la gente del interior no dura, aquí se mueren con el paludismo”. Y pues fíjese que resultó verdad, de los veinticinco que habíamos ido, sólo salimos con vida dos, yo y un muchacho que se llamaba Aureliano y hast’eso, no estoy seguro de que él se haya salvado, pues él ganó para el hospital de Jalapa y yo me vine pa’Veracruz.

Pos ahí tiene usted de que cómo iría de enfermo que llegando a la estación, nomás me bajé del tren y me caí desmayado. Me desperté en el hospital civil de Veracruz. Si no nos hubiéramos decidido a salir de Gallo Verde para el hospital, allí nos hubiéramos muerto.

A esa enfermedad le decían “mal amarillo”, porque uno se iba poniendo de ese color, como si la sangre se le fuera acabando, y empezaba con mucho frío y calentura y se le quitaba a uno toda el hambre y se le ponía el semblante muy feo. Nos empezamos a enfermar casi todos al mismo tiempo y empezamos a ver cómo se iban muriendo y cómo los sacaban en una carreta hasta de a tres. Upo no hacía nada porque le entraba a uno una decidía que no daban ganas de hacer nada ni siquiera por salvarse, y nadie se preocupaba tampoco de que estuviéramos enfermos, porque a ellos se les hacía natural que la gente del interior que llegaba ahí se muriera de esa enfermedad al poco tiempo.

En ese hospital de Veracruz, ¡ah cómo se moría ahí la gente!, si viera. . . bueno, cada rato se moría alguien y principalmente de paludismo.

Pues resulta de que me desperté ya en el hospital y luego vino el doctor en la mañana y me dijo: “mira nomás traí usted mucho paludismo, ha de haber comido mucha caña, ¿verdad?”. Yo le dije que sí y él me dijo: “pues ahí tiene, para que se le quite lo gusgo”. Y me dio un “molote” de cápsulas de quinina y me dijo que tomara dos en la mañana, dos a medio día y dos en la noche, o sea seis diarias.

Allí junto de mí estaba un hombre oyendo al doctor lo que me estaba recetando, y si viera usted, a ese hombre le debo la vida, primeramente Dios, pues cuando se fue el doctor me dijo: “no se vaya a tomar todas las pastillas que le recetó el doctor, no se crea de él, porque los que se toman todas las pastillas que él dijo, se mueren en dos días; tómese solamente una en la noche y las demás tírelas al excusado. Yo se lo digo porque ya he visto morir a muchos y yo soy de aquí y ese doctor hijo de la . . . tal por cual, lo que quiere es que se desocupe la cama de usted y por eso quiere que se muera pronto”.

Pues así lo hice, como este hombre me lo dijera, me tomé sólo una de esas pastillas tan fuertes de quinina y a los dos días apenas me podía mover de la debilidad, pero ya no me daba la calentura tan alta.

Vino el doctor a verme después de dos días y me preguntó: “¿se ha tomado todas las pastillas?”. Yo le dije que sí, y seguramente le extrañó que no estuviera muerto, y me dijo: “pues sígalas tomando como le he dicho, porque usted necesita tomar muchas pastillas de quinina porque está muy palúdico”.

Se fue el doctor y el hombre ese que me había aconsejado me dijo: “¿ya ve cómo le extrañó que estuviera vivo usted? . . . él creía que ya no lo iba a encontrar”.

Allí estuve como quince días, tomándome una cápsula todos los días a las seis de la mañana y el doctor iba y no me creía que me estuviera tomando todas las pastillas, pero yo le decía que sí.

La vida en el hospital era muy dura, sobre todo para mí, pues a los demás enfermos los visitaban sus familias o sus amigos y les llevaban fruta o cigarros y los rasuraban y los peinaban. En cambio a mí nadie me visitaba, pues yo no tenía en Veracruz ni un conocido siquiera, ni mucho menos familia. Me sentía solo. . . muy solo, porque el señor que me dio el buen consejo y que me sirvió de doctor, sólo duró allí tres días pues se alivió y se fue. El también tenía paludismo, pero era diferente en él porque era nativo de Veracruz.

El hospital estaba frente al cuartel de Marina y los días jueves tocaba la música ahí y, bueno, era mi tormento porque me sentía tan triste. . . bueno, qué le parece, que me envolvía yo en las cobijas y pos. . . la mera verdad, lloraba de tristeza pensando en lo solo que estaba y pensando que no había nadie que se acordara de mí, pues ni yo sabía de mi familia ni ellos de mí.

Todavía me pegaba calentura cada tercer día, pero al merito mes llegó el doctor y me dijo: “bueno, ya está usted bueno y sano, ya deje el lugar que está ocupando a otro que deveras lo necesite”.

Ese doctor era muy déspota, si viera, lo trataba a uno muy mal. Bueno, pues yo le dije: “como usted ordene doctor”.

Sabe de que aquel señor tan bueno que le cuento que me salvó la vida, me había dejado una rama gruesa y me dijo: “tenga esto para que le sirva de bastón, pues yo sé que cuando usted salga de aquí va a salir arrastrándose y con eso se podrá ayudar”. Y pues sí me sirvió mucho ese bastón porque yo me sentía muy débil cuando salí.

Ese día que el doctor me dio de alta, me dieron mis garritas que traía y me vestí; estaban todas mugrientas y yo peor, pues no me había bañado ni rasurado en todo ese tiempo que había estado en el hospital.

Bueno, pues así tiene usted de que salí a la calle y me quedé mirando para todos lados y pensé: “bueno, ahora qué hago. . . para dónde me voy”. Yo no conocía Veracruz y no tenía casa a dónde dirigirme. Me senté en la banqueta a pensar, luego me dio sed y fui a comprar una jícama a un puesto que estaba enfrente del hospital. Estaba comiendo mi jícama cuando pasaron dos monjitas y dijeron: “mira, pobre viejito, qué mal se ve. . .” y me preguntaron: “oiga señor, ¿qué le pasa, ¿por qué se ve usted tan mal?”

Figúrese que yo tenía 28 años, y ya me decían que parecía viejito. Yo les contesté que acababa de salir del hospital, y ellas entonces me dieron un tostón de caridad. A mí me dio harta vergüenza y pensé: “seguramente que me he de ver muy mal con este pelo tan largo y estas barbas y sin bañar y chorreando de piojos”, fíjese que me rodaban los piojos hechos bolas desde la cabeza, peleándose entre ellos; además, andaba tan garriente, bueno, deveras una facha que era yo.

Todavía traía cinco pesos que me sobraban del dinero que había juntado desde Yucatán, así que pensé en buscar un peluquero. Le pregunté a un señor por una peluquería y noté que se me quedaba viendo como diciendo: “pos quién va a atreverse a pelar este hombre tan cochino y piojoso”. Pero, total, me dio las señas de una peluquería y para allá me fui. Llegué y le pregunté al peluquero que si me pelaba. Era un señor ya grande, y me dijo: “cómo no, señor, yo lo pelo. . . ¿de dónde es usted?” Yo le contesté que de León, Guanajuato y él me dijo: “Ah, qué caray, todos los de por allá nada más vienen acá a morirse.”

Yo le dije: “sabe, que me figuro que usted me tendrá asco, pero fíjese que acabo de salir del hospital donde estuve aliviándome del paludismo”.

El señor me dijo: “yo lo pelo y le lavo la cabeza, véngase, yo lo comprendo”. Entonces me arrimó a la silla y trajo un lavamanos y me lavó la cabeza y el pelo, luego se llevó todos los pelos que estaban llenos de piojos y les echó un líquido, que ha de haber sido para acabar con ellos. Me peinó y por cierto que me preguntó que si me deja-

ba el bigote, y yo le dije: “no señor, péleme parejo si me hace usted el favor”.

Cuando terminó le pregunté que cuánto le debía y me dijo que no era nada, que al contrario yo necesitaba algo de dinero y me dio un par de pesos; luego me preguntó: “¿no tiene lugar dónde dormir?, bueno, pues vaya aquí a dos cuadras y luego a la derecha y allí está el cuartel, pida hablar con el mayor y pídale que le deje dormir allí mientras encuentre usted otro lugar”.

A mí me extrañó, pues no se me hubiera ocurrido esa idea de ir al cuartel, pero me fui y pedí hablar con el mayor y le dije lo que me pasaba. El se compadeció de mí y me llevó a un rincón y me dijo: “deje allí sus cosas, y allí puede quedarse todo el tiempo que quiera”. Así lo hice y salí a comprar algo de comer. Yo ya le tenía miedo a todo, a los plátanos y a toda la fruta, pues comiendo fruta me había enfermado; así que mejor compré pan y me regresé al lugarcito aquel en el cuartel.

Yo seguía todavía muy débil y andaba con la ayuda del bastón, por eso no podía trabajar, y pos sin trabajar se me acabó el dinero muy pronto y empecé a pasar hambre otra vez, pero ahora peor, pues todavía me seguían las calenturas. Total que tuve que ponerme a pedir limosna para no morirme de hambre. Me daba tanta vergüenza, que sólo pedía limosna en las noches, y no dinero, sino las sobras de la comida del día y el pan duro que se les quedaba en las panaderías.

Un día que andaba con mucha calentura, me vio un señor y me dio dos pesos y me mandó a la farmacia a comprar unas pastillas que me escribió en un papel. Me dijo que me tomara una de esas pastillas todos los días y que no me iban a curar, pero que sí me quitarían las calenturas. Y así fue, me compré las pastillas, ¡ah qué buenas pastillas esas!, quién sabe de qué serían, pues yo no sabía leer, bueno, ahora tampoco.

Total que así estuve como por un mes, pidiendo limosna y viviendo en el cuartel; hasta que me empecé a sentir más fuertecito. Entonces fui a un lugar donde me habían dicho me daban trabajo y me dijeron: “sí, aquí le damos trabajo, es para cortar caña en el ingenio de Gallo Verde”.

Fíjese nomás para dónde me ofrecían trabajo. Yo les dije: “no, muchas gracias, sabe que yo de allá vengo y por poco y me muero”, y el señor me dijo: “sí, por allá está muy duro el paludismo, sobre todo con los que no son de aquí”.

De ahí me fui a otro lado donde estaban haciendo una carretera y allí sí me dieron trabajo, pero era por “tarea”, o sea que pagaban según la cantidad de trabajo que hacía uno. Era trabajo de pico y pala, y pos yo no agarraba todavía bien mi paso y me hacía media

tarea diaria cuando todos hacían hasta tres, y yo naturalmente ganando muy poco; pero ahí empecé a reponer fuerzas y a comer mejor, aunque tenía que seguir con las pastillas pues todavía me agarraba la calentura de vez en cuando. P'acabar pronto le diré que seguí tomando esas pastillas por dos años hasta que se me quitaron por completo aquellas dichosas calenturas.

En la carretera seguí trabajando como por unos cuatro meses; esto era como por el año 1921. Pues resulta de que allí mismo en el trabajo me hice de unos amigos que eran de Toluca y que un día me dijeron: "Oye, ¿tú no sabes para Tampico?, porque dicen que por allá hay muy buen trabajo."

Yo les dije: "pues yo no sé cómo ir, pero vamos averiguándolo".

Y así fijamos un día para salir y decidimos irnos caminando por tierra siguiendo toda la costa.

Total de que salimos un día y nos pusimos a caminar por toda la playa; así le seguimos durante ocho días hasta que se nos acabó todo el dinero que llevábamos. Llegamos a un lugar que se llama Palma Sola y allí nos dieron trabajo desmontando una hectárea. Nos tocó de a 18 pesos por cabeza y lo hicimos en una semana; entonces me dijeron los toluqueños: "sabes que nosotros ya no la seguimos y mejor nos vamos p'atrás, ya nos dimos cuenta de que está muy lejos Tampico para irse caminando y además es muy peligroso pues nos puede salir un animal, por estos montes hay tigre y león* y nosotros no traemos ni un arma".

Yo les dije que para atrás yo ya no regresaba y ahí nos separamos; yo le seguí solo, caminando con mi comida y mi guaje** para el agua. En el agua era en lo primero en que pensaba cuando llegaba a un lugar, aun antes que en la comida; y con todo y eso se me llegó a acabar y yo nomás me decía: "mira nomás, tanta agua enfrente de mí y yo sin poder tomarla", porque era agua de mar.

Le seguí caminando por toda la playa hasta donde se me acababa el dinero, allí me ponía a trabajar por unos días y luego le seguía, casi siempre caminaba ocho días y trabajaba otros ocho. Un señor con el que trabajé en una de éstas, tenía un estero, y me pedía que me quedara, me decía que allí la vida era fácil, que en la tarde se iba a pescar y en el día trabajaba, me pagaba un peso diario. Yo le dije que pos no, que yo tenía que llegar a Tampico. Me dio un buen "tambache" de comida y yo le seguí hasta que llegué a Tuxpan.

En Tuxpan empecé a trabajar con un señor que hacía los bordes de los tanques, pues allá es región petrolera; trabajaba siete u ocho horas

*Así le llaman en la región al jaguar y al puma respectivamente.

**Recipiente hecho de una calabaza.

diarias y llegué a juntar muy pronto 80 pesos y me dije: “ora sí, con esto llego a Tampico”, pero que se me pone luegoirme a México, qué le parece. . . no, pos es que yo ya me había impuesto a andar y luego que también pensé que el hombre que anda solo pasa muchos trabajos, siempre se necesita a alguien que lo conozca a uno para que si quiera lo entierre si uno se muere; y me jalé para México pensando en que a lo mejor me hallaba a alguien conocido. Esa caminata fue más fácil y más bonita, pues son caminos transitados, por ahí van muchos arrieros y yo me juntaba con ellos y me iba platicando y caminando; me contaban historias de aparecidos en los caminos y de todas las cosas que les había tocado ver. Duré como 15 días para llegar a México, preguntando en todas partes por los caminos más directos; eran caminos muy andables y yo nunca me perdí, tuve mucha suerte, porque por ahí caminaba mucha gente, mucha indiada, mucho comerciante.

Llegué a México por Peralvillo y empecé a preguntar por el hotelito donde nos habían llevado cuando nos engancharon para Yucatán. Fíjese que con la buena suerte de que en el hotelito ese me encontré a un conocido con quien me había ido a Yucatán; él trabajaba ahí de mozo y me dijo que precisamente la dueña necesitaba otro mozo, así que me llevó con ella y al día siguiente de haber llegado amanecí trabajando, fíjese qué buena suerte.

Lo que hacía allí era barrer, tender las camas y, en general, trabajo de mozo. Por cierto que ahí se me retiró el paludismo por completo.

Como el trabajo del hotel era muy sencillo, a veces me iba al cine o a Chapultepec o a Xochimilco; así me la pasé como cuatro meses. Conocí también algunos museos como el de Buenavista. Para ese entonces yo ya me vestía bien, ya no andaba con las garritas de antes y ya traía buenos zapatos, en fin, como cualquier gente de México.

Un día de tantos me encontré en la calle a un conocido de mi tierra, de León; andaba vendiendo en la calle retazos de tela y de cortes de casimir para hacer trajes; se llamaba Gonzalo Gutiérrez; éramos muy conocidos pues él también se había ido a Yucatán junto conmigo y me dijo: “hombre, pues ya que andas por aquí deberías trabajar junto conmigo, mira, júntate 25 pesos y yo te llevo a comprar la mercancía y te enseño a trabajar, esto es cuestión de caminar por donde yo te diga y verás cómo te va bien”.

Yo le dije que no era tan fácil para mí juntar 25 pesos porque ganaba muy poco en el hotel donde trabajaba, pero le dije que sí me animaba y que iba a empezar a juntar el dinero. Lo junté rápido porque yo tenía un sombrero muy bonito, así como de texano, que me había costado diez pesos y estaba casi nuevo. Le gustó a un amigo del hotel y me dijo que me lo compraba, me ofreció 15 pesos y yo le

contesté que se lo daba en 17; total, se lo vendí y ya me costó menos trabajo juntar aquel dinero. No junté 25 pesos sino 30 y le dije a Gonzalo que ya tenía el dinero. Entonces él me dijo: “mira, para que no vayas a gastar en renta ahora que te salgas de trabajar en el hotel, yo te voy a prestar un cuarto que tengo en Tacuba”. Allá era donde él vivía y donde tenía su casita propia. Yo le dije que estaba bueno. Entonces se llegó el día en que me llevó a donde se vendían los retazos de tela y casimir; era una tienda muy grande que se llamaba “Las Fábricas de Francia”. Con 20 pesos me surtieron una maleta bien repleta de tela, y luego Gonzalo me dijo: “Vamos a andar unos tres días juntos para que yo te enseñe las calles y dónde vender mejor y también para que no te pierdas.”

Este Gonzalo fue muy buen hombre conmigo, y así como él me dijo estuve trabajando como unos siete u ocho meses, hasta que me encontré a unos muchachos que supieron que yo me había venido caminando desde Tuxpan y me invitaron para que nos fuéramos a trabajar allá, a los campos petroleros de la región, donde trabajaba el hermano de uno de ellos. Yo no quería ir muy bien porque me estaba yendo bien en México, pero pues yo no sé, me sonsacaron para hacer el viaje y pos a mí me gustaba la aventura y más cuando yo no me había olvidado de aquella idea de ir a Tampico.

Gonzalo me decía que no fuera, que allí en México estaba bien, que estaba trabajando con muchas ventajas. Eran buenos consejos los que él me daba, pero yo le terquíe y entonces él me dijo: “bueno, pos que Dios te bendiga”.

Aquellos muchachos eran tremendos, me aconsejaban que me llevara los cortes de casimir que tenía prestados para vender, pero yo qué les iba a hacer caso, devolví todo cuando me despedí de Gonzalo. Uno de esos muchachos, un tal Pedro, se sacó una bicicleta de alquiler y se la llevó cuando ya nos íbamos y la vendió más adelante.

Bueno, pos ahí tiene usted que se llegó el día en que salimos a pie para Tuxpan. Yo era el que traía más dinero, traía como 25 pesos, y aquéllos traían como la mitad que yo. Se nos acabó todo el dinero como a los cinco días de camino y tuve que vender dos pantalones de casimir casi nuevos que llevaba, para completar para llegar a Naranjos. Cuando llegamos a este pueblo ya no traíamos nada de dinero. Allí había un campo petrolero de la compañía “El Aguila”, donde trabajaba el hermano de Pedro. Pues sabe de que no nos fue muy bien porque no había trabajo y tuvimos que esperar varios días. Como no teníamos qué comer, pues le anduve buscando hasta que me arreglé con un señor para que me dejara ir con él a quemar carbón. Como le he dicho, ése era mi “mero mole” porque era el oficio que había hecho toda mi vida desde niño. Así que empecé con ese señor

de mediero, pero luego me separé porque él era el encargado de vender el carbón y me hacía muchas trampas y me decía que el carbón se vendía muy mal; así que mejor me junté con otro muchacho y le seguí a la quemada del carbón, y viera que me fue muy bien, pues era mentira que se vendiera mal, lo que pasaba era que se quedaba aquí con los centavos. Total, que ya cuando éste se dio cuenta de que me estaba yendo bien, me empezó a hacer política con el dueño del monte y un día no me dejaron seguir quemando.

Yo tenía guardados unos centavos, había juntado ya 80 pesos que era muy buen dinero. Total que me salí de allí y me fui con el que me ayudaba en lo del carbón, a pedir trabajo en una compañía que se llamaba “La Huasteca”. No’mbre. . . pos con muy buena suerte, nomás llegamos y parece que nos hubieran estado esperando, luego luego empezamos a trabajar ganando 6 pesos diarios en la cuadrilla de tuberos, o sea los que instalan la tubería para el petróleo; porque había mucho petróleo y andaban muy atrasados. Yo no sabía de ese trabajo, pero ya había visto cómo se hacía cuando estuve en Naranjos. A mí me tocó en el tercer “leitón”.

Con esa compañía trabajé como seis meses, hasta que se acabó ese trabajo. Luego me arreglé con un contratista con el que seguí trabajando en otras compañías en la instalación de tubo. Trabajamos en varias, pues había muchas compañías de todas partes, de Holanda, Inglaterra y americanas, porque decían que el gobierno no les cobraba impuestos y eso era puro ganar.

Para esto ya corría el año de 1925 y yo cada vez le sabía más al trabajo de los campos de petróleo y, bueno, pues que me meto a trabajar a la “Mexican Gulf” que era americana. ¡Ah qué compañía tan sinvergüenza, si viera! Luego luego me extrañó que le hicieran a uno firmar cada ocho días un papel antes de recibir la paga, y no, qué barbaridad, con ese papel la compañía lo tenía a uno bien fregado, después me di cuenta. Fíjese que en ese papel decía que usted acababa de entrar a trabajar esa semana que le pagaban, aunque tuviera mucho tiempo. Se aprovechaban de que casi nadie sabía leer, y “firmábamos” con nuestra huella digital. La compañía esta tenía abogados que se encargaban de defenderla y de fregar al pobre; uno de ellos se llamaba Javier Bátiz, después le voy a contar de él y de lo que hacían en esta compañía con los obreros.

En ese mismo año de 1925 que entré a la “Mexican Gulf”, me casé. Sabe de que yo asistía mucho a una pensión donde nos daban de comer y ahí trabajaba ella; la empecé a tratar y luego. . . pos nomás nos arrejuntamos y ya, porque no nos arreglamos bien. Así que casi todo el tiempo que estuve en la compañía esa que le digo, ya tenía yo compañera, la que sigo teniendo hasta que Dios disponga.

Ya cuando empecé a vivir con ella dejé de vivir en las carpas donde estábamos todos los trabajadores, y me construí una casita ahí cerca del campo petrolero. La hice de madera bruta del monte, le hice tres cuartitos de muy buen material y uno era la cocina. Me costó todo como 400 pesos. Los pisos eran de tierra y empezamos a dormir en petates en el suelo, pero sólo por poco tiempo, pues ahí es muy peligroso porque hay harto animal venenoso, sobre todo víbora de cascabel, y por eso uno tenía que dormir en catrecitos.

El excusado estaba afuera de la casa, como se usaba por ahí. Por cierto que una vez, una muchacha que vivía cerca salió al excusado y la mordió una víbora de cascabel, y la alcanzaron a llevar con el médico del campo petrolero y se salvó de puro milagro. Nosotros ya conocíamos el ruidito que hacen esas víboras y cuando lo oíamos en la noche, al día siguiente no parábamos hasta que no encontrábamos a la víbora y la matábamos. Esto pasaba con bastante frecuencia, cuando menos dos veces por mes.

A los dos años, en 1927, nació mi primera hija. Sólo tuve tres hijas, y por cierto que las tres viven aquí en South Bend. Las tres nacieron en esa casita que le digo, pues duré trabajando en esa compañía doce años, de 1925 a 1937, y ya ninguna de ellas le tocó dormir en el suelo, siempre en cama.

Vivía bien, pa'que's más que la verdá. No teníamos problemas económicos y estaba yo ya completamente establecido. Durante esos doce años conocí los campos petroleros más importantes de la región y fui subiendo de categoría en el trabajo: de pico y pala a sólo trabajo de vigilancia en alguna parte de la producción, por ejemplo, checar temperaturas o tomar muestras de petróleo, etcétera.

Como por 1935, la compañía ya no quiso que firmáramos con la huella y nos puso un profesor para que nos enseñara a leer y a escribir. Era muy buen profesor, enseñaba muy bien, pues hasta los que ya sabían leer y escribir tomaban clases con él. Nos duró muy poco el gusto, sólo tres meses, porque la compañía se dio cuenta que le andábamos metiendo sindicato y acabó con todos los beneficios, hasta con la escuela de los niños y empezó a correr gente. Pero fue en esos tres meses que aprendí a escribir mi nombre y a leer un poquito, pero ya se me olvidó leer. Esos tres meses fueron los únicos en mi vida en que tuve escuela.

Como le dije antes, esta compañía era muy sinvergüenza y nos tenía bien amarrados, pero pos empezamos a decir que le debíamos poner sindicato para defendernos de todo lo que nos hacía, y empezamos a ir a juntas. A mí me dijeron que si le entraba al sindicato y yo dije que sí y les firmé, porque la verdá que daba coraje todo lo que nos hacían y más porque nos dábamos cuenta que eran gentes de

otras partes, que nomás estaban chupando el petróleo de México, ganando harto dinero y tenían a los trabajadores bien pobres y hacían con ellos lo que querían. Fíjese que hasta soldados tenían para que cuidaran que nadie se alborotara y que nadie robara nada de la compañía.

La compañía tenía muchos espías y supieron luego luego qué andábamos haciendo y quiénes eran los del alboroto, y empezaron a correr de a uno por uno hasta que me llegó mi turno.

Resulta de que yo estaba a cargo de tomar muestras cada 12 horas de uno de los pozos, y esas muestras había que llevarlas a Tampico inmediatamente. Una vez que tenía que tomar una muestra a las dos de la mañana de un sábado, me levanté para ir a tomarla con 10 minutos de anticipación y como estaba retiradito me fui a la carretera, pero con las prisas se me olvidó la lámpara que necesitaba para tomar las muestras y tuve que regresarme y así se me hizo tarde. Total que no tomé la muestra de esa vez, aunque si hubiera querido, la tomo a cualquier hora y se las llevo, pero preferí decir la verdad al día siguiente. El capataz no me dijo nada, sólo me dijo que no se volviera a repetir el mismo error; pero la semana siguiente que me mandan llamar de Tampico, a la oficina del licenciado Javier Bátiz. Yo ya me imaginaba de lo que se iba a tratar, pero ese licenciado era bien hipócrita, me recibió como si hubiera sido mi compadre de pila, diciéndome: "Sr. Medina, lo llamamos para decirle que nos hemos dado cuenta que usted nos ha trabajado por mucho tiempo y que ya se merece un descanso. Sentimos mucho que usted se separe de la compañía, pero sabemos que será temporalmente. La compañía quiere mucho a sus empleados y por eso los cuida, y aunque usted no tiene derecho a nada, la compañía le va a regalar 80 pesos para que se vaya a descansar a donde quiera y ya lo llamaremos cuando lo volvamos a necesitar."

Figúrese nada más, ni los 100 pesos me completaron, después de doce años.

Yo tenía ahorrados unos centavos y puse una tiendita ahí mismo en la casa; con muy poquitas cosas, no crea usted, cosas de a centavo y así, baratas. Apenas sacaba para comer, pero ahí me la iba pasando.

Como a los cuatro meses me llamaron de la compañía y me dieron otra vez trabajo, pero sólo por unos días. Después sólo así llegué a trabajar, por unos días y luego me desocupaban.

Por ese año, el 1937, nos decidimos a hacer una huelga y paramos de trabajar. Entonces la compañía mandó traer los soldados y nos echaron pa'fuera del campo y no nos dejaron poner guardias. La compañía empezó a meter gente nueva. Total que fue un fracaso la mentada huelga.

Para ese entonces la Mexican Gulf era la única compañía que todavía no le ponían sindicato, pues en todas las demás ya lo habían formado los obreros. Ellos nos aconsejaban y nos mandaban dinero, pero se lo repartían entre los que tenían el trabajo de planta, así que a mí no me tocaba nada.

Total que yo me desanimé de estar peleando, pues además el secretario general que habíamos elegido nomás nos había estado engañando con que ya se iba a arreglar todo y de buenas a primeras se “peló” de ahí, así que nos quedamos sin esperanzas de ganar.

Con los poquitos centavos que me quedaban pensé en dedicarme a la agricultura y empecé a desmontar un terreno y compré una yunta. Me empezó a ir bien en la primera siembra y compré más animales; y un día que van amaneciendo gentes de México en todos los campos diciendo que el petróleo se había expropiado. Fue una sorpresa para todos, para las compañías y para los trabajadores, pues un día era la Mexican Gulf y al otro día ya era Petróleos Mexicanos. Esto fue en 1938 y lo hizo el general Cárdenas, que entonces era el presidente.

Cuando se vino la expropiación me dijeron que fuera a hablar con los de Petróleos Mexicanos para que me volvieran a dar mi puesto, pero ya estaba trabajando muy a gusto en mis tierras y no quise dejarlas. Llegué a tener diez hectáreas y varias vaquitas, dos caballos, dos mulas y borregas, pero ¡ay señor! . . . que se nos viene una seca pero de esas buenas. El primer año malo fue en 1941, luego se vino el 1942 y la cosa se puso peor; se murieron todos mis animales de pura hambre y no se daba nada porque no llovía. Sólo me quedaba una vaca bien flaca y un becerro.

Pos otra vez a buscarle por otro lado, pues ahora ya tenía familia y no los podía dejar viviendo así. Hasta que un día me dijo un amigo que había un señor que ofrecía trabajo acá en los Estados Unidos, era un alemán o algo así, y pos que me animo. Encargué la vaca y el becerro con un señor ya grande que se llamaba don Tiburcio; él me dijo que no se hacía responsable porque se lograran los animales, pero yo le dije que no le hacía, que al cabo yo le tenía confianza y que si se lograban iríamos a medias.

Junté a mi familia y . . . a pasar de “mojado” señor, ni modo. Ese amigo que le digo era mi compadre, se llamaba Manuel Jiménez; él ya había estado trabajando por acá y había quedado con el “alemán” de que iría a México a conseguirle “manos”. Como éramos compadres, a mí fue al primero que me dijo del trabajo y por eso mismo también me animé a irme, pues el trabajo que me ofrecía mi compadre era algo seguro, cuando menos por un tiempo. Vendí también un potrillo, una escopeta y una lámpara y le dije a mi compadre: “bueno compadre, pues ya estoy listo”.

Salimos para Reynosa y fuimos con un señor que nos iba a pasar cuando amaneciera. Ya bien noche, como a la una, nos llevó ese señor a un lugar que se llama Los Indios, cerquita de Reynosa y nos pasamos el río sin ningún problema, estaba haciendo una luna muy bonita.

Cuando llegamos al otro lado, caminamos como una milla, hasta el lugar donde había quedado mi compadre de verse con el patrón. No tuvimos que esperar pues ahí ya estaba él esperándonos con una “troquita” enlonada. Nos presentó con el patrón y nos subimos a la troquita, y nos llevó directamente al campo, aunque pasamos por el pueblo, pero como íbamos tapados, nadie sabía qué llevaba la troca.

Pasamos para acá en diciembre de 1943, y luego luego me puse a trabajar con el alemán ese en un “desenraiz”. El alemán nos llevaba al campo todo lo que necesitábamos, hasta cigarros. En ese tiempo estaba todo muy racionado, pero él conseguía todo. Nos pagaba 23 dólares por acre que desenraizábamos, era muy poco, pero así pagaban donde quiera. A mí no me costó trabajo, pues estaba acostumbrado al trabajo duro de pico y pala; lo hacíamos a gusto porque nos había llevado herramientas muy buenas. Este patrón era muy derecho, no nos robaba nada y era muy bueno.

Luego de terminar el desenraiz empezamos a trabajar en la limpia del algodón y luego en la pizca; total que trabajamos como seis meses con él.

Dejé ese trabajo porque en la pizca me encontré un primo de mi señora, que andaba con un muchacho también pariente de ella, a quien tuvimos en la casa sin cobrarle nunca. Pues éste me reconoció y me llevó con el primo que le digo, se llamaba Eladio, el difunto Eladio, pues ya murió. Este primo me invitó a trabajar con él en su troca, pues él era troquero; así que dejé de trabajar con el alemán para ir a hacerlo con el primo Eladio.

El domingo de la semana que nos conocimos fue a visitarnos Eladio y nos dijo: “yo me los voy a llevar para Weslaco, allá hay unas casas del gobierno donde los voy a colocar”.

Como él nos había prometido, nos fuimos a Weslaco y nos colocó en una casita muy bonita, con su lavadora, y cocina y todas las comodidades. Cobraban 1.50 de renta y eran como 150 casitas, había allí puro “mojado”.

Con frecuencia caía “la migración”, pero como está tan cerquita de la frontera, más tardaban en echarlos pa'l otro lado, que en que todos se regresaran de mojados otra vez. A mí nunca me echaron pa'fuera, pero sí me llegaron a agarrar una vez.

Resulta que nos llevaba el primo Eladio en su troca a unos 20 hombres, íbamos al campo a trabajar. Dos de mis hijas iban con él

adelante en la caseta, cuando nos va alcanzando una patrulla de la migración. Todos nos quedamos tiesos. . . Se bajó uno de ellos; era un “bolillo” como lo doble que yo, y le dijo a Eladio: “¿train papeles éstos que llevas atrás, o son mojados?”

“Pos quién sabe”, les dijo Eladio.

Entonces se dirigió a nosotros y nos dijo: “a ver, muchachos. . . bájense todos de ahí”.

Se bajaron todos, menos yo que me quedé agachado en un rincón. Desde abajo no me veían pues la troca estaba cubierta alrededor de las redilas. Ya cuando se bajó el último, uno de los de migración se asomó y me vio. “Pos qué haces ahí” me dijo. Yo le contesté: “pos nada señor, aquí nomás sentado”.

“¿Qué no oíste que dije que se bajaran?”, me dijo él.

Y yo le contesté: “sí, señor, aí voy”. Pero me hice el tarugo y no me moví.

Abajo siguieron alegando con los demás hasta que mi primo les dijo a los de migración: “bueno, pos ya me voy” y se arrancó.

A mis hijas no las habían molestado para nada, y yo seguramente me les olvidé y habrán pensado que la troca se iba vacía. Me ayudó que éramos muchos, y el borlote que se les hizo con todos, pues éramos puros mojados. Fue ésta la única vez que estuve a punto de que me echaran pa'l otro lado.

Luego de haber dejado al primo Eladio me metí a trabajar a una fábrica embotelladora de fruta. Yo trabajaba en la bodega que quedaba en la parte de atrás de la fábrica y vivía como a unas cuatro cuerdas de allí, y llegaba siempre por la parte de atrás, y salía también por ahí. Procuraba irme a la casa por unas partes donde poca gente caminaba. Muchas veces me tocó saber que habían agarrado a mis compañeros de trabajo a la salida de la fábrica y los habían mandado pa' México.

Yo tenía que cuidarme porque no quería dejar a mi familia por ningún momento, y por eso no salía de la casa más que para ir al trabajo. A veces ya oscurito, los sábados, me salía a tomar una cerveza y me regresaba rápido, siempre con el miedo de los de migración.

En esa época ganaba 40 centavos la hora porque estaba muy barato el trabajo.

Me hice de un amigo ahí mismo en la fábrica, que me dijo que él conocía a una persona que me podía “arreglar” mi pasaporte, y yo le dije “no'mbre, pos cómo crees que voy a poder, si no me puedo mover de aquí”. Pero él me dijo que no necesitaba salir, sino mandar todos los datos a don Alonso, que así se llamaba la persona que iba a arreglar mi pasaporte. Pues sí, salió como me lo había ofrecido y me

arregló todo en tres meses; me costó 200 dólares que tuve que pedir prestados, pero me arregló todo.

Resulta de que un día don Alonso me mandó llamar y me dijo que sólo hacía falta que yo fuera a hablar con el cónsul americano a Laredo y que necesitaba ir a México para eso. Pos me fui, y al llegar al puente me preguntaron los del lado americano que a dónde iba y yo les dije: “pos pa’ donde se va por aquí, pos pa’ México, ¿pa’ dónde ha de ser?”; y me preguntaron que si traía papeles y les dije que no. Uno de ellos me dijo: “¿pos cómo pasaste?” Yo le contesté: “iah, que usté, pos cómo ha de ser, pos por el río”. “Ah, eres mojado” me dijeron, y yo les contesté: “pos sí, pero ya me voy pa’ México definitivamente”. Luego nomás se rieron y me dijeron que si me volvían a ver sin papeles que me iban a meter a la cárcel. Yo les contesté que estaba bueno y me dejaron pasar.

El cónsul sólo me preguntó que si sabía leer y yo le eché la mentira y le dije que sí. Me pidió que escribiera mi nombre y se lo escribí muy aprisa y ya no me dijo nada.

Al día siguiente me dieron la visa y me regresé a mi casa ya con pasaporte arreglado, el 28 de marzo de 1951.

Ya que sentí que no tenía problemas con la ley, me compré un solarcito para hacer mi casa y empecé con dos cuartitos. Lo compré a dos cuadras de la calle principal.

Todavía no me sentía totalmente a gusto pues mi familia seguía sin arreglar; sólo mi hija mayor ya se había casado con mi yerno que es texano (de ascendencia mexicana) y ya no tenía problema.

Con la compra del terreno y la construcción de la casita, se me hicieron muchas deudas y con lo que ganaba allá en el Valle no me alcanzaba para pagarlas. Por eso tuve que salir del Valle, para buscar trabajo en otras partes donde pagaran mejor; porque sabrá usted que en el Valle es donde más barato pagan la agricultura, yo creo que es porque tenemos muchos que quieren trabajar y hay unos “dialtiro” muertos de hambre, que trabajan por cualquier cosa, y pos a uno no le conviene entonces trabajar por lo mismo.

Total que empecé a andar por todas partes trabajando en la agricultura; desde California hasta Florida, dependiendo del tiempo y de las cosechas que se iban a levantar. Como hay muchos que se dedican a seguir las cosechas¹⁵ le dicen a uno por dónde hay que jalar para llegar a donde pagan mejor y así anda uno en grupos, viajando en trocas con toda la familia. Como se viaja por varios meses, no puede uno dejar a la familia, entonces pos jala uno con todos y todos trabajan, hasta los chiquillos. Lo malo de esto es para los chiquillos pues no pueden ir bien a la escuela, pero no hay más remedio señor, cuando uno nace pobre hay que sacrificarse.

Por ahí del 1953 me empecé a venir a Indiana a trabajar en el verano. Por acá pagan mejor los trabajos de agricultura y si uno tiene la suerte de agarrar trabajo en las fábricas de por acá, pos entonces está mejor. Total uno nunca puede estar conforme. Mire usted, si uno se queda por acá trabajando en las fábricas, gana mucho más que en la labor; pero tiene también que gastar más pues acá la vida es diferente, sobre todo en invierno. Yo nunca me he quedado todo el invierno, nomás porque no lo aguanto, señor. Pobre gente, yo no sé cómo le hace para aguantar tanto frío y nieve y hielo. Claro, yo hablo de los pobres, de los que tienen que trabajar afuera, no de los que trabajan adentro con calefacción.

En una de esas venidas a Indiana por el verano, se quedó por acá mi yerno con mi hija Juana; luego se vinieron las otras dos hijas ya casadas. Ahora nos hemos quedado yo y mi viejita nomás, allá en el Valle, adonde, como le digo, tenemos nuestra casita que ya no está tan chiquita porque le he pegado unos cuartos, pero ahora ya no los necesita tanto.

Fíjese que nunca he tenido problemas por no hablar el inglés y ahora menos porque todos mis nietos lo hablan. Siempre he trabajado con gente que habla el español, o con la que no hay que tratar mucho y pos, aunque uno no les entienda, uno hace su trabajo, le pagan y ya. Lo curioso es lo que le dije, que mejor aprendí a hablar el maya en el tiempo en que anduve en Yucatán, que el inglés en tantos años que llevo aquí.

Para otras cosas tampoco necesito el inglés, pues si voy a comprar algo aquí, me llevo a una de mis nietas que lo hablan, o si no, voy a donde sé que hablan español. Por allá en el Valle nunca he tenido problemas pues en todas partes hablan el español. Tanto aquí como en todas partes por donde he andado, nunca ha faltado un sacerdote que me confiese en español, y siempre he encontrado misas en español. Más bien allá en México, en aquellos años de mis andanzas por Veracruz, por Yucatán y por otras partes, era que me quedaba sin oír misa y sin ver a la Virgen de Guadalupe en alguna iglesia. Pero por acá no, pues por dondequiera que he andado, andan también muchos mexicanos. Yo nunca voy a ninguna parte de la que no haya averiguado antes cómo entrar y cómo salir, pa' no tener que andar preguntando.

Ya no pienso salirme del Valle para otro lado, allá es mi casa y sólo vengo a ver a mis hijas y a mis nietos, que son ocho de Juanita, cuatro de Eleuteria y dos de Jesusa. Ya le tengo que parar a las cambiadas de casa pues ya estoy viejo y ya no trabajo, ahora me mantiene el gobierno con el seguro social.

Le diré que he vivido feliz en los Estados Unidos, pues aquí toda la

gente me ha tratado bien y nunca he tenido ningún problema. A mi México no lo olvido porque es mi patria y la quiero mucho, pero, señor, ya no tengo a nadie en México; todos mis parientes se han muerto o los perdí de vista desde la Revolución, y además acá está toda mi familia. Ahora que le diré, que acá hay la ventaja de que a nosotros los viejos nos protege el seguro social, y eso hace que no tengamos que pedir limosna como en México; bueno, a lo mejor ya cambió eso, ¿no?

Pos ya casi no tengo nada más que contarle, ya sabe usted más de mí que nadie, ni siquiera mi familia. Acerca de cómo es mi vida le diré que muy tranquila, con los problemas de salud de mi vieja y míos porque ya estamos viejos, pero nomás. Con mis nietos me llevo bien, me dicen “granpa” (diminutivo de *grandfather*) y a veces me hablan en inglés, pero yo no les hago caso y me tienen que hablar en español. Aquí en su casa se habla el español pues mi hija Juana no habla el inglés. Se come comida estilo mexicano, “oyemos” canciones mexicanas, vamos al cine de vez en cuando a ver películas de México, y sobre todo le pedimos a la reina de los mexicanos que nos proteja, ya sabe usted, a nuestra patroncita, la Virgen de Guadalupe.

Pos esa fue mi vida señor, y yo creo que ya me falta poco pa' que me llamen de allá arriba, porque ya di mucha guerra. Pero no me dejo, pa' que's más que la verdá. Gracias a Dios no me falta nada y tengo toda mi familia y muchos nietos y nietas que no tardarán en darme bisnietos.

ASPECTOS METODOLOGICOS

El rapport

Las seis personas que fueron entrevistadas conocían a Tony Garza, del Centro Cristiano de South Bend, quien previamente a que me presentara con aquéllos, les explicaba nuestro interés en los siguientes términos:

Un licenciado mexicano que estudia en la Universidad de Notre Dame, está trabajando para uno de sus profesores que está interesado en hacer una reconstrucción de la historia de los mexicanos que se ha venido a vivir a los Estados Unidos. Han pensado que conociendo la historia de estos mexicanos se podrá entender mejor sus problemas, y que conociendo mejor sus problemas, se les podrá ayudar con mejor efectividad. Para conocer la historia de los que se han venido de México, necesitan ellos ayuda de las personas grandes, para que ellas les cuenten sus experiencias, tanto las tristes como las felices y todo lo que recuerden de su vida. Ellos suponen que de lo que la gente grande les cuente, podrán aprender mucho de la manera de ser de la gente de antes. Este licenciado le va a pedir a usted que le cuente su vida con este objeto, y

para que no se le vaya a olvidar a él o se vaya a confundir con lo que usted le cuente, va a traer una grabadora. Después, con los datos que usted y otras gentes le den, van a hacer un libro, y ese libro irá a muchas escuelas en donde los jóvenes y mucha gente lo podrán leer y verán en él cómo fueron y cómo son los mexicanos de acá de este lado.

Esta explicación se preparó tratando de hacer referencia a propósitos, entidades y personas que les fueran conocidas con objeto de neutralizar al máximo la desconfianza que les provocaba el interés de un extraño en sus vidas. No obstante nuestros cuidados, en tres casos no nos fue posible llevar a cabo la entrevista por haberse rehusado los candidatos.

Resulta comprensible la desconfianza que manifiestan personas como don Chano, que vivieron varios años (y algunas aún viven) temiendo ser deportadas y viendo en cada extraño un posible oficial de migración o un potencial delator. Estas circunstancias operaron muy probablemente en los casos de rechazo y dan una idea de la dificultad para obtener información de personas de este grupo migratorio, no obstante la mediación de una persona que en repetidas ocasiones les ha ayudado en problemas diversos, como consultas semilegales, intérprete ante autoridades, etcétera.

Podría pensarse que sólo desconfían los que se encuentran ilegalmente, pero no fue ésta la razón en el caso de las personas que se rehusaron; pues al señor Garza le había tocado ver su documentación migratoria en el curso de diversos trámites para los cuales él intervino.

Las nueve personas entrevistadas confesaron al final de su relato que habían desconfiado de mí al principio. Dos de ellas coincidieron en decir que habían pensado que “a lo mejor” yo tenía engañado al señor Garza y que éste obraba de buena fe pero yo no. Las restantes entrevistadas dijeron haber sentido desconfianza a pesar del “aval” moral del señor Garza, sin haber podido aclarar la razón de su desconfianza.

Todos los entrevistados dijeron haber entrado ilegalmente al país.* Esta circunstancia parece haberlos sensibilizado ante todo aquello que pudiera tener relación con la autoridad. Para ellos un extraño, sobre todo si alguna característica personal de éste les trae a la mente la imagen de un representante del gobierno, le evoca el peligro de ser expulsados del país.

Por experiencia personal o por referencias, estas personas parecen

*En todos los casos la entrada ilegal se dijo haber ocurrido cuando menos 25 años atrás. Todos manifestaron encontrarse al presente legalmente en los Estados Unidos.

asociar la figura del que hace preguntas con la figura de la autoridad. Por esto es muy frecuente que el entrevistador que inquiera con pretensiones científicas, sea colocado en el rol de policía de Inmigración. Esta situación, que implica serias limitaciones para la realización de estudios como éste, fue superada en nueve de nuestros candidatos y nos impidió establecer *rapport* con otros tres.

Un problema de ética

Las circunstancias que median en el establecimiento de *rapport* con este tipo de respondientes, sugieren la toma de precauciones sobre la veracidad de la información obtenida, dado que ésta ha estado rodeada de temores y desconfianzas. Los métodos seguidos para controlar en alguna medida la veracidad de los datos fueron varios, de acuerdo con el nivel de la entrevista. En el primer nivel de selección, haciendo preguntas referentes a hechos conocidos que sucedieron en el tiempo en que tenía lugar lo relatado. En este afán de establecer “controles”, se presentó la siguiente situación:

Un entrevistado relataba a grandes rasgos sus experiencias como soldado de las tropas de Pancho Villa. Sabíamos de antemano que esta persona era conocida y gozaba de cierto prestigio por haber pertenecido al grupo selecto de los famosos “dorados de Villa”. Era notable en su relato un marcado énfasis en el carácter heroico de su rol y en ciertos detalles de la batalla. Por esto nos pareció conducente preguntarle específicamente acerca de algunas batallas famosas. Sus titubeos al contestar estas preguntas nos llevaron a sospechar de la veracidad del “heroico pasado” del respondiente y a insistir en preguntar sobre los generales que militaban a las órdenes de Villa y sobre las campañas que lo hicieron factor tan importante del desarrollo de la Revolución. Nuestra insistencia y sus titubeos culminaron con la confesión del respondiente de que todo era mentira, de que él nunca había sido soldado de Villa pero que siempre había admirado su valor y su deseo de ayudar a los pobres. Nos encontrábamos por fortuna solos cuando dijo también, que ese día le diría a toda su familia que siempre había sido un embustero con respecto a su pasado como revolucionario.

En este momento me di cuenta del mal que había hecho “en nombre de la ciencia”. Esta persona, cuya identidad guardamos por razones obvias, es un anciano de 72 años que inventó un pasado que aparentemente le ha servido para respaldar una necesidad de afirmación de sí mismo, en circunstancias en que la edad y la distancia de su patria acrecentaban. Fue su prestigio como “dorado de Villa” lo que nos llevó hasta él, lo cual hace evidente que “su pasado” le había traído estima y respeto entre la comunidad de mexicanos de la ciu-

dad. Este prestigio es compartido por su familia, que se refiere orgullosa a la relación de su abuelo con el Centauro del Norte. Este anciano que ha sostenido una mentira totalmente inocua, se encuentra con una persona con pretensiones de científico de lo social que se mete en su vida un poco a fuerza y quien, en el proceso de obtener una referencia empírica, destruye sin querer esa mentira cuya función era la de proveer a un viejo del respeto que ya no podía ganar con otra cosa que no fuera su pasado.

El interés científico no justifica tal suceso, sólo nos permite y nos obliga a tomarlo en cuenta para evitar su repetición y a divulgarlo para que, en casos semejantes, el investigador esté advertido de las posibles consecuencias de la entrevista en el entrevistado y, eventualmente, en la estructura de la unidad social a la que pertenece.

Sólo quedó en el caso que reportamos, tratar de convencer al entrevistado de que haría mal en decir que era mentira su historia de haber sido soldado de Villa, porque su familia, sobre todo sus nietos, se sentían orgullosos de eso; por lo tanto, le dije, ya no era algo que le perteneciera sólo a él sino a su familia también. Agregué que él no tenía derecho(?) a destruir algo que no le pertenecía totalmente. Puse énfasis en que nadie interesado sabría lo que él me había confiado.

Creo haberlo dejado convencido de que no debería revelar la verdad de su pasado, pero no estoy seguro de haber reparado totalmente la situación en su estado anterior a mi “descubrimiento”.

*Otros aspectos relacionados con
la selección del caso de estudio*

Como se mencionó al principio de este trabajo, fueron nueve las personas entrevistadas. Se les pidió que relataran lo que recordaran de su vida por orden cronológico y sólo se intervino haciendo preguntas que sirvieran de guía al entrevistado para ordenar la cronología de sus recuerdos, como: ¿esto sucedió antes o después de casarse?, o ¿esto fue antes de que mataran a Carranza o después?, etcétera.

Estas entrevistas duraron un promedio de dos horas, en dos sesiones para cada una por lo general. Salvo en uno de los casos, todas las demás entrevistas fueron en la casa de los entrevistados y se buscó evitar la presencia de alguna otra persona que escuchara el relato.

En sólo uno de los casos el entrevistado no permitió la presencia de la grabadora durante su relato por lo que fue necesario tomar notas en su presencia. Al transcribirlas se agregaron comentarios de lo observado con el objeto de tener la mejor posible reproducción para el momento de su análisis. En el caso de las otras ocho personas, éste fue hecho con base en la grabación del relato.

Se hizo una revisión de las nueve autobiografías breves en la cual

se puso atención a los siguientes factores: 1) coherencia del relato; 2) orden de los eventos narrados; 3) ausencia de contradicciones; 4) consistencia en los recuerdos, y 5) interés de situaciones o sucesos narrados. La opinión de mi esposa, que es psicóloga, fue de mucha utilidad para la evaluación de los relatos en estos términos. Su intervención fue solicitada con el objeto de neutralizar en alguna medida los vicios de subjetividad que pudiera haber desarrollado en mi trato personal con los entrevistados. Se encontró que el relato de don Chano era el que reunía los atributos buscados en el mejor grado.

Las entrevistas con don Chano

El primer relato de don Chano sirvió de guía para organizar un programa de entrevistas en un total de doce; de tal manera que en cada una de las cuales ya sabíamos de antemano la parte de su vida de la que él iría a hablar. Con base en ese programa le fui pidiendo a don Chano que ampliara con detalles cada etapa de su vida. Se le hicieron preguntas tendientes a estimular los aspectos más relevantes para el propósito de nuestro estudio.

Don Chano fue incrementando su confianza en mí y cada vez fue más locuaz en su exposición. Fue sorprendente el orden y el detalle de su relato, al grado de no haber habido necesidad de hacerle las preguntas preparadas previamente por haber cubierto él todo el material espontáneamente.

En la tercera sesión le dije que le iba a regalar (le aclaré que no era pago) diez dólares ese día y otros tantos cuando termináramos. No creo que esto haya afectado en alguna forma su relato, pues estábamos siguiendo un programa determinado por la primera entrevista y sí produjo un efecto positivo en nuestro pacto bilateral de mutuos derechos y obligaciones.

Las sesiones se llevaban a cabo en la mañana, a la hora en que por regla general toda la familia estaba afuera en el trabajo o en la escuela. Esto contribuyó a la tranquilidad y ausencia de interrupciones en nuestras entrevistas.

De las primeras entrevistas había aprendido que no era conveniente presionar al entrevistado a que siguiera un orden cronológico en su relato. En ocasiones dejaba a don Chano continuar con el recuerdo de una experiencia que abarcaba varios años durante los cuales habían ocurrido situaciones en otros contextos que interesaban igualmente. Cuando esto ocurría, lo dejaba terminar y luego le pedía que regresáramos en su relato para ver los aspectos rezagados. Interrumpir la secuencia del relato que el entrevistado ha organizado mentalmente alrededor de sus recuerdos es, en mi opinión, arriesgarse a destruir

ese orden que puede no ser precisamente cronológico o no totalmente inclusivo.

Para ilustrar este punto nos referiremos a una de las entrevistas con el más anciano de nuestros entrevistados. Le hice una pregunta acerca de algo accesorio a su relato, a la que él reaccionó autoritariamente con tono abuelesco diciendo: “no me interrumpas porque luego se me olvida lo que te iba a contar”.

Siguiendo la sugerencia de Langness (1965:43) para buscar fiabilidad en la información, en varias ocasiones le pedí a don Chano que me repitiera una situación relatada en sesiones anteriores, pretendiendo no haber entendido bien. Posteriormente comparaba la consistencia de ambos relatos. En ningún caso tuve evidencia de que don Chano estuviera mintiendo ni elementos para sospecharlo.

La absoluta congruencia de los hechos relatados por don Chano, con los datos históricos a propósito de fechas, eventos, personajes, estado de cosas, etcétera, fue otro elemento más de confiabilidad de los datos autobiográficos que adquiere especial relevancia si recordamos que don Chano es analfabeta y que esto le ha impedido tener información documental a su alcance en forma directa. Una anécdota que ilustra el hecho de que la información dada por don Chano proviene de su experiencia vivida, es la que se refiere a su insistencia de que Yucatán es una isla. Afirmación inducida de su experiencia de haber recorrido en barco su “alrededor” y de haber sabido que el único medio de acceso a Yucatán era por barco, lo cual era cierto en la época en que don Chano viajó a la península.

Un último intento de control fue el de dedicar las últimas sesiones a escuchar la grabación de todo el relato con el objeto de que don Chano pudiera hacer alguna rectificación, lo cual no provocó ninguna modificación en el relato.

Edición del relato

Don Chano no es una persona de conversación fácil hasta una vez que ha adquirido confianza con su interlocutor; entonces relata sus experiencias con énfasis y en forma reiterada. Esto es, repitiendo un mismo hecho varias veces con diferentes palabras. Esto nos llevó a la necesidad de editar el relato suprimiendo las repeticiones de un mismo hecho, cosa que fue necesario hacer a lo largo de todo el relato.

Se consideró que, para los efectos de nuestro estudio, no era necesario conservar la fidelidad del relato hasta el grado de transcribirlo literalmente. Sin embargo se puso buen cuidado de reproducir lo relatado tan fielmente como lo permite la transcripción de lo hablado a lo escrito. Al hacer la transcripción se tomaron todos los sucesos que

correspondían a cada una de las etapas de su vida y se ordenaron cronológicamente.

Otras experiencias

La presencia del micrófono nunca fue problema para don Chano, no obstante haber dicho que era la primera vez que veía una grabadora. Por el contrario, se mostró vivamente interesado en aprender su manejo. Verla funcionar le sugirió la idea de grabar a sus nietas cantando las canciones que le gustan y llevarse la grabación de regreso a su casa en Texas.

Entrevistar a don Chano fue una experiencia placentera. Es difícil describir su notable sensibilidad, que siempre se manifestó en las emociones que expresaba al recordar puntos como su feliz niñez como “jinete” de borregas, su nostálgico recuerdo de León, Guanajuato, su ingenua concepción del respeto a los “patrones”, al lado de su amargo recuerdo de la explotación a que los campesinos eran sometidos, su encuentro con los indios mayas en la “isla” de Yucatán, el drama del paludismo en los cañaverales de Veracruz, la triste soledad de su convalecencia en el hospital, su vergüenza de haber sido portador, su espíritu de aventura manifiesto en sus largas caminatas de Veracruz a México y de México a la zona petrolera del Golfo, su participación en las luchas laborales de los años anteriores a la expropiación petrolera y sus experiencias con los abogados patronales, su encuentro con los Estados Unidos y sus años de “mojado”, la lucha por la vida de los mexicanos en los pueblos fronterizos y su peregrinaje como trabajador agrícola en los Estados Unidos, su devoción por los símbolos culturales de su patria y su serena ancianidad concentrada en el amor por sus nietos.

Comentarios finales

El estudio del tipo autobiografía (*life history*), ha sido colocado en varias ocasiones en el banquillo de los acusados por los problemas de metodología que trae a colación (Young, 1966). La mayor parte de las críticas al *life history* han sido resumidas por Kluckhohn (1945:78-153) quien señala sus debilidades con consideraciones difíciles de rebatir a la vista de un gran número de este tipo de estudios. Sin embargo, esas críticas resultan inconducentes cuando la utilización del *life history* se hace con propósitos ilustrativos o como estudio exploratorio o, como ha sido hecho recientemente (Balan, *et. al.*, 1969: 105-120), aplicando todo el rigor metodológico y la tecnología de investigación más avanzada.

El estudio de Balan ha dejado probada la enorme potencialidad del uso de autobiografías para el análisis sociológico y ha señalado el ca-

mino hacia la posibilidad de someter a ilimitadas computaciones estadísticas los datos obtenidos. La fertilidad analítica de la autobiografía a la manera de Balan, nos hace preguntarnos cuál hubiera sido el impacto del método seguido por Thomas y Znaniecki si hubiera sido accesible para ellos el uso de computadoras para el procesamiento y análisis de los datos autobiográficos de su estudio sobre los inmigrantes polacos.

Nuestra idea de escoger este tipo de estudio se basó en una asunción destacada por Dollard (1935:16) de que el individuo es portador de la cultura a la que pertenece. Compartiendo esta asunción se consideró que la autobiografía podría proveer de una proyección tanto del panorama cultural como de la estructura social del autobiografiante. De la proyección que hemos recibido de don Chano hemos recogido el material para construir un número de hipótesis que encauzaran posteriores esfuerzos de investigación sobre el problema social que nos proponemos estudiar; es decir, la emigración del mexicano hacia los Estados Unidos.

HIPOTESIS DERIVADAS DE LA AUTOBIOGRAFIA DE DON CHANO

1. El largo peregrinaje de don Chano, al lado de las características que pudimos observar de su hábitat social, nos sugiere que la inmigración del mexicano a los Estados Unidos no es necesariamente agente de cambio de los patrones culturales importados de su lugar de origen. Lo cual es igual a decir que el mexicano que emigra a los Estados Unidos, conserva en general sus patrones de conducta, idioma, creencias y actitudes a pesar de haber estado expuesto a una cultura y estructura social contrastante.

2. Aunque don Chano nos dijo ser propietario de su casa en Weslaco, Texas, lo cual pudiera considerarse como señal de asimilación, ésta parece estar limitada en términos generales por causas relacionadas con la actitud del mexicano hacia la conservación de su cultura de origen y por causas relacionadas con la respuesta de la estructura social norteamericana a la entrada ilegal de mexicanos. Esta respuesta parece ser ambivalente; por una parte el mexicano es aceptado como trabajador y por otra es sancionado como “espalda mojada”.

3. El inmigrante ilegal vive en los Estados Unidos en lo que pudiera llamarse una subcultura-fuera-de-la-ley, hasta que consigue “arreglar” su estancia legal. El relato de don Chano a este respecto nos sugiere la importancia de establecer hasta qué grado esa situación de vivir fuera de la ley afecta: 1) sus relaciones con otras gentes (patrones, vecinos, compañeros de trabajo, autoridades, etcétera); 2) la educación de los

hijos; 3) sus posibilidades de aculturación, y 4) sus posibilidades de asimilación.

4. Don Chano implicó una distinción harto relevante cuando habló de los que aceptan trabajos con salarios muy bajos “por que se están muriendo de hambre” y los que como él no pueden vivir con esos salarios y se ven obligados por ello a “seguir las cosechas” por todo Estados Unidos. Aparentemente hay una secuencia que empieza por pertenecer a los primeros y luego a aquellos dentro de los cuales se consideró don Chano.

5. Don Chano nos provocó una pregunta y nos dio una motivación para su investigación al mismo tiempo: ¿Cuál es la variable independiente en el fenómeno de emigración de trabajadores mexicanos a los Estados Unidos? ¿Es la falta en México de recursos, oportunidades de trabajo, justicia social o educación?, ¿o es la abundancia de oportunidades de trabajo que se dice hay en los Estados Unidos, aunada al salario más alto? Puede ser que la contestación esté en la conjunción de las situaciones de ambos países. En ninguno de los casos México queda exonerado de culpa en todo lo negativo que pueda haber en que millones de mexicanos sigan buscando fuera de las fronteras de su país lo que se les ha negado o no encuentran dentro.

Estos cinco puntos resumen lo que don Chano nos ha sugerido como respuesta a nuestro interés por un problema social. No pretendemos haber agotado todo el potencial de su autobiografía, por eso nuestro interés en la difusión de este reporte. Otras hipótesis pudieran ser sugeridas a otras personas con más o diferente imaginación o sensibilidad que la nuestra; de ser así, la presentación de don Chano habrá cumplido su cometido.

NOTAS

¹ La definición de estos procesos: la hemos tomado de Gordon (1964).

² Véanse entre otros: Sánchez (1940), Zeleny (1944), Senter (1945), Edmonson (1957), Kluckhohn y Strodtbeck (1961), Shannon (1968), Kutsche (1968).

³ De 1924 a 1969 el Servicio de Inmigración y Naturalización del Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica ha realizado 7 000 000 de aprehensiones de mexicanos que se encontraban ilegalmente en este país. Dato tomado de *1966 Annual Report of the U. S. Immigration and Naturalization Service* y de *Report of Field Operations, Unites States Department of Justice, Fiscal Year 1968*, Washington, Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos.

⁴ Gamio (1930:23) señala varias razones por las cuales la mayor parte de la inmigración de mexicanos a los Estados Unidos se hacía ilegalmente; entre ellas, el requisito exigido de saber leer y escribir, que “la mayor parte no podía cumplir”.

⁵ Ricardo Pozas le ha llamado “estudio de caso” a lo que en inglés se le ha llamado “life history”. No estamos convencidos de lo apropiado de la denominación usada por Pozas por-

que la connotación de "caso" puede ser referida a un individuo, una familia, una comunidad, una nación, etcétera, en tanto que "autobiografía", a pesar de su asociación con el campo de la literatura, es más propio de la acción a que se refiere.

⁶La ayuda de los señores Rocha y Garza, trabajadores sociales del "Centro Cristiano" de South Bend, fue definitiva para la localización y contacto de las personas seleccionadas. Cabe señalar el entusiasmo con que estas personas ayudan a los residentes mexicanos o de ascendencia mexicana en la localidad.

⁷Los nombres de las personas entrevistadas se omiten para conservar el anonimato que les fue ofrecido. Las grabaciones se conservan en poder del autor, con el que podrá comunicarse la persona que desee escucharlas con interés académico.

⁸Se le ha dado al relator un nombre ficticio con el objeto de guardar su identidad.

⁹Véase Foster, George M., *Tzintzuntzan, Mexican Peasants in a Changing World*. Boston: Little Brown and Co.

¹⁰Véase la conceptualización de Foster (*op. cit.*) a propósito de la imagen de *limited goods* que según él caracteriza el universo social, económico y natural del campesino.

¹¹Después de 5 o 6 ocasiones en que lo había entrevistado y después de haber terminado la sesión y haber apagado la grabadora, me preguntó si era yo católico; yo a mi vez inquirí por la razón de su pregunta, y él me contestó que se le había ocurrido que yo no lo era, porque no mencionaba la "voluntad de Dios" cuando hacía referencia a algo que habíamos planeado para los días siguientes, o sea, que yo no utilizaba los condicionantes "si Dios quiere" o "si Dios es servido" al hablar de planes futuros. Me dijo que él pensaba que los mexicanos que no eran católicos no creían en la Virgen de Guadalupe, y "no se puede ser ni buen mexicano ni buen hombre si no se cree en algo tan sagrado".

¹²Según el Dr. Rubel (comunicación verbal), la razón de la presencia de estos dos atributos pudiera ser que el analfabeta ha ejercitado constantemente su memoria por no contar con la ayuda de la escritura para recordar, lo cual lo lleva a desarrollarla por encima de lo que se espera como normal, pues depende de su memoria para hechos y datos que no podría retener de otra forma.

¹³A través del relato insistió en llamarle muchacho al niño mayor de 7 años. Siempre que dijo "cuando yo era muchacho", se refirió a después de cumplidos los 7 años hasta los 17 o 18, en que según él se deja de ser muchacho para ser "hombre".

¹⁴Al finalizar la sesión, le pregunté a don Chano por qué consideraba que el uso de razón se adquiere hasta los 25 años. Me contestó que antes de esa edad, el hombre sólo hace tonterías, y que sólo empieza a aprovechar su inteligencia hasta los 25 años. Le pregunté que cómo había llegado a esa conclusión y me dijo que si no me daba cuenta de que "sólo los viejos han sufrido lo bastante como para saber aconsejar sobre la vida".

¹⁵Trabajadores migratorios. Sobre este tema véase: William E. Scholes, 1966:63-94.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BALAN, Jorge

1969 "A Computerized Approach to the Processing and Analysis of Life Histories Obtained in Sample Surveys" in *Behavioral Sciences*, 14, pp. 105-120.

DOLLARD, John

1935 *Criteria for the Life History*. New Haven, Yale University Press.

EDMUNSON, Monro S.

1957 *Los Manitos: A Study of Institutional Values*. New Orleans, Middle American Research Institute, Tulane University.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.

- 1966 *1966 Annual Report of the U. S. Immigration and Naturalization Service*. Washington D. C., Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos.
- 1968 *Report of Field Operations. U. S. Department of Justice. Fiscal Year 1968.* Washington, Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos.
- FOSTER, George M.
- 1967 *Tzintzuntzan, Mexican Peasants in a Changing World.*, Boston, Little Brown and Co.
- GAMIO, Manuel
- 1930 *Mexican Immigration to the United States*, Chicago, Illinois, The University of Chicago Press.
- GORDON, Milton M.
- 1964 *Assimilation in American Life*, New York, N.Y., Oxford University Press.
- JONES, Lamar B.
- 1965 *Mexican American Labor Problems in Texas*. Tesis doctoral (copia microfilmada), Universidad de Texas.
- KLUCKHOHN, Clyde.
- 1945 "The Personal Document in Anthropological Science", en *The Use of Personal Documents in History, Anthropology and Sociology.*, Gottschalk, Kluckhohn and Angel (eds.), New York, Social Sciences Research Council Bulletin, pp. 78-153.
- KLUCKHOHN FLORENCE, Rockwood and Fred L. STRODTBECK
- 1961 *Variations in Value Orientations*. Evanston, Illinois y Elmsdorf, New York, Row, Peterson and Co.
- KUTSCHE, Paul
- 1968 "The Anglo Side of Acculturation" en *Spanish Speaking People in the U.S.; Proceedings of 1968 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*. Seattle, distribuida por la Universidad de Washington.
- LANGNESS, Lewis L.
- 1965 *The Life History in Anthropological Science*. New York, N.Y., Holt Rinehart and Winston.
- POZAS ARCINIEGA, Ricardo
- 1968 "El Vago: Un Estudio de Caso" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, 54, pp. 563-593.
- SANCHEZ, George I.
- 1940 *Forgotten People: A Study of New Mexicans*. Albuquerque, New Mexico, University of New Mexico Press.
- SCHOLES, William E.
- 1966 "The Migrant Worker" en *La Raza: Forgotten Americans*, Julian Samora (ed.), Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.
- SENER, Donovan
- 1945 "Acculturation among New Mexican Villagers in Comparison to Adjustment Patterns of other Spanish-Speaking Americans", *Rural Sociology*, 10, pp. 31-47.
- SHANNON, Lyle W.
- 1968 "The Study of Migrants as Members of Social Systems" en *Spanish Speaking People in the U.S.; Proceedings of the 1968 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*. Seattle, distribuida por la Universidad de Washington.
- YOUNG, P.V.

- 1966 *Scientific Social Surveys and Research*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.
- ZELNY, Carolyn
- 1944 *Relations Between the Spanish-Americans and Anglo-Americans in New Mexico*, tesis doctoral sin publicar, New Haven, Yale University.